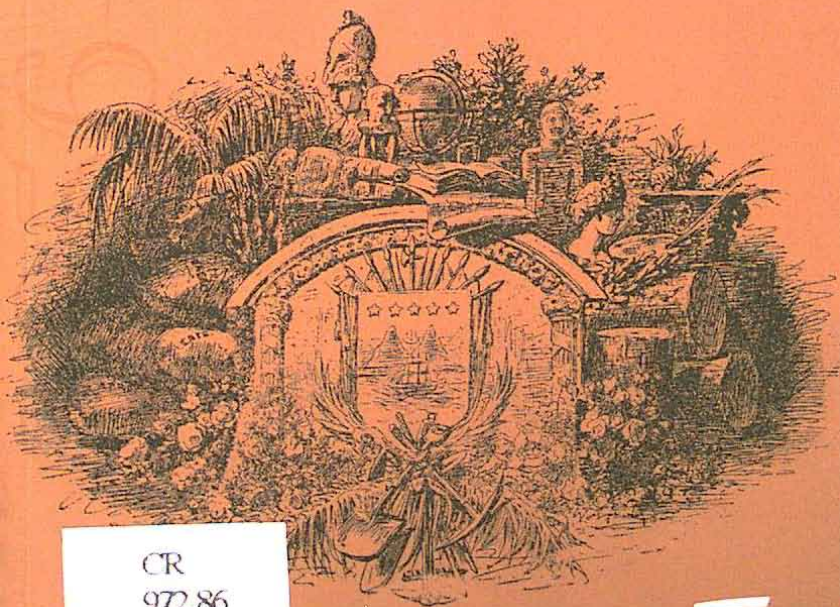


LA CAMPAÑA NACIONAL

(1856-1857):
historiografía, literatura y memoria

Iván Molina Jiménez
David Díaz Arias

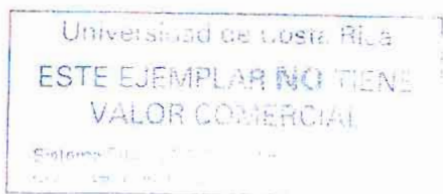


CR
972.86
M7224ca

EDITORIAL
UCR

La Campaña Nacional (1856-1857): historiografía, literatura y memoria

Iván Molina Jiménez
David Díaz Arias




EDITORIAL
UCR

972-86
M7224ca
20 AGO 2008

136868V



972.860.44

M722c Molina Jiménez, Iván.

La Campaña Nacional (1856-1857) : historiografía, literatura y memoria / Iván Molina Jiménez, David Díaz Arias. - 1. ed. - San José, C.R. : Editorial UCR, 2008. viii, 72 p.

ISBN 978-9968-46-037-8

I. COSTA RICA - HISTORIA - 1856-1857 2. COSTA RICA - CARACTERÍSTICAS NACIONALES I. Díaz Arias, David, coautor. II. Título.

CIP/1705

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2008

Diseño de portada: Boris Valverde G.

Ilustración de portada: Sin título. Dibujo. Tomás Povedano. *Revista de Costa Rica en el siglo XIX*, t. I (San José, Tipografía Nacional, 1902), p. i.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio", San José, Costa Rica. Apdo. 11501-2060 • Tel.: 207 5310 • Fax: 207 5257 • E-mail: administracion@editorial.ucr.ac.cr • Página web: www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo del 2008 en
Litografía e Imprenta LIL, S.A. • www.lilcr.com • 382358

Contenido

Presentación	vii
La Campaña Nacional (1856-1857): investigación histórica y producción literaria	1
<i>Iván Molina Jiménez</i>	
La investigación histórica acerca de la Campaña Nacional	4
Literatura y Campaña Nacional	25
Política e ideología de la Campaña Nacional	30
Epílogo	35
Campaña Nacional y memoria conmemorativa. Un análisis historiográfico	37
<i>David Díaz Arias</i>	
Introducción	37
La guerra contra los filibusteros como eje de la identidad nacional	42
Identidad temprana y memoria historiográfica	48
La nacionalidad como una producción natural de la larga duración	56
Conclusiones	68
Acerca de los autores	71

Presentación

El presente texto ofrece al público lector dos estudios a propósito del sesquicentenario de la Campaña Nacional (1856-1857). El primero, escrito por Iván Molina Jiménez, constituye un balance de la producción historiográfica y literaria que versa sobre ese evento. El segundo, de David Díaz Arias, analiza en detalle el papel asignado a la guerra contra Walker en tres interpretaciones recientes que examinan el origen de la identidad nacional costarricense, elaboradas por Steven Palmer, Víctor Hugo Acuña Ortega y Juan Rafael Quesada Camacho. El propósito común de ambos trabajos es fomentar un debate más amplio acerca de la relevancia de ese conflicto y su impronta en la memoria colectiva.

Los dos estudios aquí reunidos serán de particular interés para historiadores y otros investigadores sociales, especialistas de lo literario, comunicadores y docentes de secundaria; sin embargo, a todas las personas preocupadas por conocer mejor la Campaña Nacional les puede ser útil el presente texto. La síntesis preparada por Molina Jiménez permite aproximarse al proceso mediante el cual el conocimiento histórico acerca de esa guerra y de su contexto fue construido, al tiempo que explora cómo se configuró una creación literaria, dominada por la poesía y las piezas dramáticas, a partir de ese episodio. El análisis de Díaz Arias, a su vez, profundiza en los aportes y

debilidades de los tres esfuerzos interpretativos que han dominado el debate sobre el origen de la nación costarricense desde inicios de la década de 1990.

La elaboración de este texto forma parte de los esfuerzos de la Escuela de Historia de la Universidad de Costa Rica por conmemorar el Sesquicentenario de la Campaña Nacional mediante la publicación de materiales y la organización de actividades que fomenten la actualización de conocimientos y estimulen diálogos serios y rigurosos sobre el pasado. Los autores –únicos responsables de las omisiones y errores presentes en sus trabajos– agradecen al director de esa unidad académica, Francisco Enríquez Solano, por la acogida dada a sus estudios; a Ana María Botey Sobrado, por su interés en difundirlos; y a Daniel Pérez Salazar por colaborar en la recolección de algunas de las fuentes primarias utilizadas.

La Campaña Nacional (1856-1857): investigación histórica y producción literaria

Iván Molina Jiménez

Entre 1856 y 1857, Costa Rica emprendió una guerra contra el mercenario estadounidense William Walker (1824-1860). Tras haber sido contratado por los liberales nicaragüenses para que les ayudara a enfrentar a los conservadores, Walker, quien desembarcó en Nicaragua en junio de 1855, pronto alcanzó una posición de significativo poder en ese país. Aunque Walker afirmaría posteriormente que su meta final era convertir a Centroamérica en una república esclavista, su interés inmediato se concentró en controlar la llamada Vía del Tránsito, una de las principales inversiones estadounidenses en la América Latina de esa época,¹ la cual facilitaba el traslado de personas del este al oeste de Estados Unidos y viceversa, por medio del río San Juan y el Lago de Nicaragua.

Existía otra razón adicional por la cual la Vía del Tránsito era un espacio estratégico: se consideraba que era el lugar más favorable para construir un canal interoceánico.² Al tomar en

1 Gobat, Michel, *Confronting the American Dream: Nicaragua under U. S. Imperial Rule* (Durham, Duke University Press, 2005), p. 23; Burns, E. Bradford, *Patriarch and Folk. The Emergence of Nicaragua 1798-1858* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1991), pp. 177-188.

2 Kinloch, Francis, "El canal interoceánico en el imaginario nacional. Nicaragua, siglo XIX". *Taller de Historia* (Managua, Instituto de Historia de Nicaragua, 1994), pp. 42-44.

cuenta este potencial, Walker procuró consolidar su dominio sobre la franja sur de Nicaragua y norte de Costa Rica, la cual también era fundamental desde el punto de vista militar, ya que ese control le facilitaba el envío de equipo y reclutas.³ En vista de la amenaza que el proyecto de Walker implicaba para la integridad territorial de Costa Rica, el gobierno costarricense, encabezado por Juan Rafael Mora, emprendió una ofensiva militar que tuvo dos fases claramente diferenciadas.

La primera, ubicada entre marzo y abril de 1856, supuso expulsar a las fuerzas de Walker de Costa Rica y obligarlas a dejar la ciudad nicaragüense de Rivas. Tales logros, sin embargo, fueron limitados debido al inicio de una epidemia de cólera que llevó al ejército costarricense a retirarse desordenadamente de Nicaragua, en cuyo curso la peste se propagó por Costa Rica y acabó con entre el 8 y el 10 por ciento de la población. La segunda fase se inició en noviembre de 1856 y culminó el primero de mayo de 1857, con la rendición de Walker. Durante este periodo, fuerzas militares de los otros países centroamericanos se unieron a la lucha contra Walker, al tiempo que las tropas costarricenses tomaban la Vía del Tránsito.⁴

Pese a la victoria, la Campaña Nacional, que también estuvo acompañada por una breve y profunda crisis económica, intensificó el descontento contra el gobierno de Mora, que incurrió, además, en prácticas corruptas sistemáticas. Derrocado en agosto de 1859 y expulsado del país, Mora invadió Costa Rica en setiembre de 1860, pero su intento no tuvo éxito y, tras rendirse, fue fusilado.⁵ Durante el próximo cuarto de siglo, la guerra de 1856-1857 fue escasamente conmemorada por las autoridades costarricenses, en parte, debido a que el poder político cayó en

3 Obregón Loría, Rafael, *La campaña del Tránsito 1856-1857* (San José, Editorial Universitaria, 1956).

4 Obregón Loría, Rafael, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991).

5 Obregón Loría, Rafael, *Hechos militares y políticos*, 2da. edición (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1981), pp. 121-141.

manos de los adversarios de Mora y, en parte, porque entre 1870 y 1882, prevaleció una dictadura, cuyo hombre fuerte, el general Tomás Guardia, concentró sus esfuerzos en exaltarse a sí mismo y a su proyecto de construir un ferrocarril al Caribe.⁶

En la década de 1880, sin embargo, la situación cambió decisivamente, ya que un círculo de políticos e intelectuales liberales recuperó sistemáticamente la memoria de la Campaña Nacional como eje del proceso de invención de la identidad nacional costarricense. En particular, ese círculo resaltó la primera fase de la guerra, militarmente menos importante, pero simbólicamente más estratégica. Así fue como Juan Santamaría, un joven soldado de la ciudad de Alajuela, quien murió en Rivas de Nicaragua el 11 de abril de 1856 mientras incendiaba un mesón en el que estaban refugiadas parte de las fuerzas de Walker, fue convertido en héroe nacional de Costa Rica.⁷

En razón de la importancia que ha tenido la Campaña Nacional en el imaginario costarricense, el objetivo del presente artículo es analizar la investigación histórica y la creación literaria relacionadas con ese evento. El planteamiento principal que se va a demostrar es que, en ambos casos, ha habido una producción esporádica ritmada por la conmemoración de tres centenarios: los de los nacimientos de Juan Rafael Mora (1914) y de Juan Santamaría (1931), y el de la batalla de Rivas. Igualmente, resultará claro al final de este balance que, hasta la fecha, la falta de una historia social de la guerra de 1856-1857 se aúna con la ausencia de una novela costarricense que tenga por escenario tal experiencia.

6 Palmer, Steven, "Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica, 1848-1900". Molina Jiménez, Iván y Palmer, Steven, eds., *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, 2da. edición (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2004), pp. 279-283 (la primera edición es de 1992); Méndez, Rafael, *Imágenes del poder. Juan Santamaría y el ascenso de la nación en Costa Rica (1860-1915)* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007), pp. 31-68.

7 Palmer, "Sociedad anónima", pp. 283-288; Méndez, *Imágenes del poder*, pp. 69-106.

LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA ACERCA DE LA CAMPAÑA NACIONAL

La producción histórica acerca de la Campaña Nacional puede dividirse en tres ejes temáticos: los trabajos que analizan específicamente la guerra de 1856-1857, ya se trate del conflicto en su conjunto, de procesos militares específicos o de figuras que participaron en las distintas batallas; los que examinan el contexto económico, social, político y cultural en que ocurrió esa guerra; y los que, al considerar la lucha contra Walker como eje o fundamento de la identidad nacional, estudian el periodo posterior o anterior al conflicto, ya sea para enfatizar en el papel jugado por los políticos e intelectuales liberales en la invención de la nación costarricense o para impugnar tal enfoque.

La guerra de 1856-1857

De acuerdo con Steven Palmer, la primera vez que la Campaña Nacional figuró en un texto de historia publicado en Costa Rica fue en 1880, en el *Bosquejo histórico* del colombiano Juan Venero, en el cual la guerra de 1856-1857 ocupó apenas dos párrafos. Tal situación cambió decisivamente con la publicación entre 1887 y 1892 de los libros *Apuntamientos geográficos, estadísticos e históricos*, de Joaquín Bernardo Calvo, y *Elementos de historia de Costa Rica*, de Francisco Montero Barrantes, en los cuales la lucha contra los filibusteros concentró más del 10 por ciento de toda la historia costarricense desde la época de la conquista española.⁸ Sin embargo, sería un guatemalteco, Lorenzo Montúfar, el autor del estudio más detallado (más de mil páginas) sobre la

8. Palmer, "Sociedad anónima", pp. 288-296. Venero publicó el *Bosquejo* en el diario oficial, *La Gaceta*, del cual era editor. Acerca de Venero, véase: González Flores, Luis Felipe, *Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica* (San José, Editorial Costa Rica, 1976), pp. 107 y 109. González Flores, en una ocasión, cita el nombre como José N. Venero.

Campaña Nacional: *Walker en Centroamérica*, publicado en Guatemala en 1887.⁹

Cabe indicar que el interés de los costarricenses por estudiar la Campaña Nacional fue superado no solo por un guatemalteco, sino que había sido precedido, de manera decisiva, por los nicaragüenses. En efecto, en Nicaragua, la guerra contra Walker había sido objeto de un extenso libro, publicado en dos tomos por Jerónimo Pérez entre 1864 y 1873;¹⁰ además, en ese mismo país, Fabio Carnevalini había traducido y publicado, en 1883, el libro de Walker sobre su experiencia en Nicaragua.¹¹ En Costa Rica, fue preciso esperar hasta 1895 para que, en el contexto de la inauguración del Monumento Nacional, Francisco Rodríguez Camacho publicara, en un folleto de 44 páginas, una primera y limitada historia de la Campaña, centrada en tres episodios específicos: las batallas de Santa Rosa y Rivas, y la captura de los vapores en San Juan del Norte.¹²

Una perspectiva fragmentaria domina también el segundo libro sobre la Campaña Nacional publicado en Costa Rica, el cual fue escrito por otro guatemalteco, Máximo Soto Hall, quien

9 Montúfar, Lorenzo, *Walker en Centroamérica* (Guatemala, Tipografía La Unión, 1887). Tal obra constituye, a la vez, el tomo VII de la *Reseña histórica de Centro América* de Montúfar. Para un análisis reciente de la obra de este historiador guatemalteco, véase: Acuña, Víctor Hugo, "La historiografía liberal centroamericana: la obra de Lorenzo Montúfar (1823-1898)". *Istmo. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos*. No. 12 (enero-junio, 2006) [<http://www.denison.edu/collaborations/istmo/articulos/historiografia.html>].

10 Pérez, Jerónimo, *Memorias para la historia de la revolución de Nicaragua y de la guerra nacional contra los filibusteros, 1854 a 1857* t. I (Managua, Imprenta del Gobierno, 1865) y t. II (Masaya, Imprenta del Orden, 1873). Acerca de la historiografía nicaragüense del periodo 1850-1889, véase: Herrera, Miguel Ángel, "Nacionalismo e historiografía sobre la guerra del 56. Nicaragua 1850-1889". *Revista de Historia*. Managua, No. 2 (1992-1993), pp. 27-39.

11 Walker, William, *La guerra de Nicaragua en 1860* (Managua, El Porvenir, 1884). El escritor e historiador costarricense, Ricardo Fernández, Guardia, publicó una nueva traducción: *La guerra de Nicaragua* (San José, Lines, 1924).

12 Rodríguez Camacho, Francisco, *Glorias de Costa Rica. Pinceladas sobre las guerras de Centro América en los años de 1856 y 1857* (San José, Imprenta Nacional, 1895).

en 1902 dio a la imprenta *Episodios nacionales. 1856-1857*.¹³ La ausencia de una obra más elaborada sobre la Campaña parece explicar el hecho de que en 1908 se publicara en Costa Rica una versión parcial de la *Historia de los filibusteros*, de Jeffrey Roche (obra que circuló originalmente en inglés, en Estados Unidos, en 1891).¹⁴ Finalmente, en 1909, se publicó de manera independiente, en un tomo de escasas 94 páginas profusamente ilustradas, la historia de la Campaña Nacional preparada por Joaquín Bernardo Calvo Mora. Esta obra había sido originalmente publicada en 1897 como parte del libro conmemorativo de la inauguración del Monumento Nacional.¹⁵

Entre 1890 y 1910, las fuentes básicas de conocimiento acerca de la guerra de 1856-1857 fueron las obras ya indicadas, en particular la de Montúfar. En ese periodo, sin embargo, hubo tres aportes destacados: primero, las crónicas de Manuel Argüello Mora orientadas a resaltar la figura de su tío, Juan Rafael Mora;¹⁶ segundo, un cuadro de costumbres de Manuel de Jesús Jiménez acerca del retorno de las tropas costarricenses tras la capitulación de Walker;¹⁷ y finalmente,

13 Soto Hall, Máximo, *Episodios nacionales. 1856-1857* (San José, Tipografía Nacional, 1902). El texto de Soto Hall fue publicado simultáneamente en: *Revista de Costa Rica en el siglo XIX* (San José, Tipografía Nacional, 1902), pp. 155-174.

14 Roche, Jeffrey, *Historia de los filibusteros* (San José, Imprenta Nacional, 1908). El traductor, Manuel Carazo Peralta, omitió las partes del libro no relacionadas con la experiencia de Walker en Centroamérica y Ricardo Fernández Guardia señaló que la obra de Roche contenía "numerosos errores" y estaba "escrita con pasión y prejuicios de raza".

15 Calvo Mora, Joaquín Bernardo, "La Campaña Nacional contra los filibusteros en 1856 y 1857. Brevisima reseña histórica". *Las fiestas del 15 de setiembre de 1895* (San José, Imprenta Nacional, 1897), pp. 1-101; ídem, *La Campaña Nacional contra los filibusteros en 1856 y 1857. Breve reseña histórica* (San José, Tipografía Nacional, 1909). Calvo Mora escribió este libro entre 1894 y 1895. Juan Rafael Quesada, al analizarlo, no consigna la edición de 1897. Quesada, Juan Rafael, *Historia de la historiografía costarricense 1821-1940* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001), pp. 175-176.

16 Argüello Mora, Manuel, *Páginas de historia. Recuerdos e impresiones*. (San José, Imprenta El Fígaro, 1898), pp. 17-155.

17 Jiménez, Manuel de Jesús, "Honor al mérito". *Revista de Costa Rica en el siglo XIX*, pp. 139-152.

una información judicial mandada a levantar por la municipalidad de Alajuela para probar la existencia y acción heroica de Juan Santamaría, puestas en duda por Montúfar. Tal texto, que compila una copia certificada del acta de bautizo de Santamaría y un conjunto de entrevistas realizadas entre agosto y setiembre de 1891 a veteranos de la Campaña Nacional,¹⁸ se constituyó en una de las primeras experiencias de historia oral realizadas en Costa Rica.¹⁹

De 1910 a 1960, la producción historiográfica sobre el conflicto de 1856-1857 se caracterizó por la publicación de documentos y la preparación de estudios de corto alcance, la mayoría motivados por la conmemoración de centenarios o relacionados con el debate en torno a la participación de Santamaría en la batalla de Rivas.²⁰ En abril de 1901, un extranjero, Julio Sanfuentes, volvió a poner en duda, en un artículo publicado en la prensa, el acto heroico de Santamaría,²¹ pese a que, desde 1900, Anastasio Alfaro había publicado en *La Gaceta* la solicitud de pensión de la madre de Santamaría y la resolución gubernamental de aprobar tal petición.²²

18 *Información ad perpetuam. Heroísmo de Juan Santamaría. Batalla del 11 de abril de 1856. Alajuela, Costa Rica, 15 de setiembre de 1891* (San José, Imprenta de José Canalfías, 1891). Véase, además: infra, notas 21 y 53.

19 Tal caso no fue considerado por Quesada, Juan Rafael, "Historia oral en Costa Rica. Génesis y estado actual". *Avance de Investigación del Centro de Investigaciones Históricas*. San José, No. 47 (1989), pp. 2-6. La primera experiencia de historia oral parece haber sido la que efectuó la Secretaría de Guerra en mayo de 1891. Véase: infra, nota 53.

20 Los centenarios del nacimiento de Juan Rafael Mora (1914) y Juan Santamaría (1931) y la inauguración de la estatua del primero (1929) no fueron considerados por Víctor Hugo Acuña como parte de las coyunturas memoriales de la Campaña Nacional desde la perspectiva costarricense: "Vertientes del recuerdo: Nicaragua, Walker y Costa Rica (siglos XIX - XXI)" (San José, Universidad de Costa Rica, 2006), pp. 5-6 [http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/hcostarica/2005/Vertienconf.doc].

21 Méndez, *Imágenes del poder*, p. 18.

22 *La Gaceta*, 14 de enero de 1900, p. 42. Alfaro volvió a publicar la solicitud de pensión de la madre en el *Boletín de las Escuelas Primarias*. San José, No. 89 (15 de junio, 1902), pp. 646-647.

En 1914, al cumplirse el centenario del nacimiento de Juan Rafael Mora, Manuel de Jesús Jiménez y Faustino Víquez editaron un tomo de documentos sobre la guerra de 1856-1857;²³ un año después, circuló una compilación de documentos escritos por Mora, acompañada por varios ensayos y discursos sobre su persona.²⁴ Aunque hubo otras publicaciones menores relacionadas con la Campaña Nacional entre 1916 y 1924,²⁵ fue solo en 1926 que, ante un nuevo cuestionamiento a Santamaría formulado por Jorge Volio,²⁶ Luis Dobles Segreda editó *El libro del héroe*, en el cual recopiló, además de textos literarios, varios documentos y estudios históricos, entre los cuales cabe destacar el elaborado por Eladio Prado.²⁷ Tras criticar el "Libro de defunciones" de la Campaña Nacional preparado por el capellán Francisco Calvo,²⁸ en el que se registra un Juan Santamaría fallecido de cólera y no al pie del mesón,²⁹ Prado dio a conocer

- 23 Jiménez, Manuel de Jesús y Víquez, Faustino, comps., *Documentos relativos a la guerra nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes*, t. I (San José, Tipografía Nacional, 1914). La obra era parte de una serie, pero no se publicaron más tomos. Véase, además: *Juegos Florales de 1914. Fiesta dedicada a la memoria del prócer don Juan Rafael Mora ex-presidente de Costa Rica con motivo del centenario de su nacimiento. 15 de setiembre de 1914* (San José, Tipografía Nacional, 1914).
- 24 *El centenario del benemérito de la patria ex-presidente de la república general don Juan Rafael Mora. 1814-1914* (San José, Tipografía Nacional, 1915).
- 25 *Memoria de las fiestas cívicas celebradas en Alajuela el 11 de abril de 1916. 60.º aniversario de la batalla de Rivas, en la cual inmortalizó su nombre Juan Santamaría* (San José, Imprenta y Litografía del Comercio, 1916); Comité Central Permanente Pro Mora-Cañas, *Apuntes y documentos* (San José, Imprenta y Litografía Minerva, 1918); Picado Michalski, Teodoro, *Antecedentes de la guerra nacional (apuntes para nuestra historia diplomática)* (San José, Alsina, 1922); Liceo de Costa Rica, *Dos documentos históricos* (San José, Lehmann, 1924).
- 26 Méndez, *Imágenes del poder*, p. 19. En el 2007, el historiador Jorge Arturo Montoya volvió a poner en duda la existencia de Santamaría, pero sus declaraciones, que revelan un profundo desconocimiento del debate respectivo, no tuvieron resonancia. Artavia, Betania, "Historiador afirma que Juan Santamaría no existió". *Diario Extra*, 11 de abril del 2007, p. 6.
- 27 Dobles Segreda, Luis, *El libro del héroe* (San José, Lehmann, 1926).
- 28 Según el análisis de Prado, la preparación del "Libro de defunciones" se inició en 1857, luego de terminada la guerra.
- 29 La existencia de esa partida de defunción se conocía desde antes de 1926, pero fue en este año, al parecer, cuando por vez primera provocó un debate público.

un censo militar levantado en noviembre de 1856, en el que figuran cinco personas llamadas Juan Santamaría y residentes en Alajuela, con lo que dejó abierta la posibilidad de que el que murió de cólera no fuese el mismo que incendió el mesón.³⁰

En el trienio 1929-1931, en el cual se inauguró la estatua de Juan Rafael Mora y se conmemoró el centenario del nacimiento de Juan Santamaría, fueron publicados nuevos estudios sobre el presidente que condujo la lucha contra Walker³¹ y acerca del héroe muerto en Rivas.³² La polémica en torno a este último punto, sin embargo, fue reactivada por la publicación del "Libro de defunciones" del sacerdote Calvo, efectuada por el futuro arzobispo de Costa Rica, Víctor Manuel Sanabria.³³ En su afán por defender a Calvo, Sanabria llegó a plantear que Santamaría ni siquiera había estado presente en la batalla de Rivas, pese a que Anastasio Alfaro, en un artículo publicado en la prensa en 1912 y reproducido en *El libro del héroe*, ya había aportado evidencia de que sí estuvo.³⁴

-
- 30 El estudio indicado fue publicado también como folleto independiente: Prado, Eladio, *Juan Santamaría y el Libro de defunciones de la Campaña Nacional* (San José, Lehmann, 1926). El censo localizado por Prado fue luego redescubierto por Ricardo Fernández Guardia y Óscar Chacón Jinesta. Méndez, *Imágenes del poder*, pp. 13-16.
- 31 Mora, Juan Rafael, *Cuestión Mora y Aguilar. Exposición de uno de los hechos que motivaron los sucesos del 14 de agosto* (San José, Imprenta Nacional, 1929); Jinesta, Carlos, *Juan Rafael Mora* (San José, Alsina, 1929); Chacón, Lucas Raúl, *Biografía del expresidente de la república general benemérito de la patria D. Juan Rafael Mora* (San José, Imprenta San José, 1929).
- 32 Jinesta, Carlos, *Juan Santamaría. Epinicio* (San José, Alsina, 1931); Instituto de Alajuela, *Libro del centenario de Juan Santamaría. 1831. -29 de agosto- 1931 y algunas otras páginas cívicas de Alajuela* (San José, Imprenta Nacional, 1934); véase, además: ídem, *Primer catálogo del Museo Histórico Juan Santamaría* (San José, Alsina, 1933).
- 33 Sanabria, Víctor Manuel, *Los muertos en la Campaña Nacional de 1856 y 1857* (San José, Lehmann, 1932). En 1933, Sanabria publicó un libro sobre el primer obispo de Costa Rica, en el cual dedicó algunas páginas al papel de la Iglesia católica durante la guerra de 1856-1857 y a los conflictos del prelado con Juan Rafael Mora: ídem, *Anselmo Llorente y Lafuente: primer obispo de Costa Rica. Apuntamientos históricos*, 2da. edición (San José, Editorial Costa Rica, 1972), pp. 187-196.
- 34 Meléndez, Carlos, *Juan Santamaría: una aproximación crítica y documental* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1982), pp. 76-78.

Después del centenario del nacimiento de Santamaría y antes de 1956, la producción histórica sobre la Campaña Nacional se limitó a la publicación de documentos, tarea en la que destacó la *Revista de los Archivos Nacionales*, fundada en el año 1936.³⁵ Igualmente, en este periodo fueron dadas a conocer varias crónicas históricas sobre la guerra contra William Walker de Ricardo Fernández Guardia, incluidas en su obra *Cosas y gentes de antaño*, y de Gonzalo Chacón Trejos.³⁶ Asimismo, fueron publicados un nuevo estudio sobre Santamaría, impreso en Buenos Aires (Argentina),³⁷ y una biografía del sacerdote Calvo, elaborada por Rafael Obregón Loría,³⁸ quien sugirió, a propósito de la partida de defunción de Santamaría consignada por ese eclesiástico, que en la memoria popular se produjo una confusión entre el acto heroico del soldado costarricense y el del maestro nicaragüense, Emmanuel Mongalo, quien en la batalla de Rivas del 29 de junio de 1855 incendió una casa que servía de refugio a las fuerzas de Walker.³⁹

Al acercarse la conmemoración del centenario de la batalla de Rivas, se inició un nuevo ciclo de producción acerca de la guerra de 1856-1857, dominado —otra vez— por la publicación y la republicación de documentos y textos ya conocidos.⁴⁰ En tales circunstancias, fueron dados a conocer

35 Varios de los principales textos publicados por esa revista se consignan en: Obregón Loría, *La campaña del Tránsito*, pp. 365-367.

36 Fernández Guardia, Ricardo, *Cosas y gentes de antaño* (San José, Trejos, 1935); 2da edición ampliada (San José, Trejos, 1939); Chacón Trejos, Gonzalo, *Tradiciones costarricenses* (San José, Trejos, 1936).

37 Fernández Mira, Ricardo, *Juan Santamaría. El soldado, héroe de Costa Rica* (Buenos Aires, Talleres Gráficos, 1937).

38 Obregón Loría, Rafael, *Ganganelli: organizador de la masonería en Costa Rica* (San José, Trejos, 1941), p. 44. Para una crítica del punto de vista de Obregón Loría, véase: Meléndez, *Juan Santamaría*, pp. 80-81.

39 Meléndez, *Juan Santamaría*, pp. 89-93.

40 Comisión de Investigación Histórica de la Campaña Nacional 1856-1857, *Juan Santamaría* (San José, Aurora Social, 1954); ídem, *Proclamas y mensajes* (San José, Aurora Social, 1954); ídem, *Batalla de Santa Rosa: 20 de marzo de 1856* (San José,

nuevos aportes,⁴¹ de lo cuales cabe destacar cinco: varios estudios de Carlos Meléndez sobre la batalla de Santa Rosa, el oficial Luis Pacheco Bertora y Juan Santamaría;⁴² una obra de Armando Rodríguez acerca de Juan Rafael Mora y el conflicto con las fuerzas de Walker;⁴³ una cronología de la Campaña preparada por Teresa Masís Rojas, el primer texto sobre la guerra elaborado por una mujer;⁴⁴ la principal versión comunista de la Campaña, escrita por el académico Víctor Manuel Arroyo;⁴⁵ y el trabajo de Rafael Obregón

Aurora Social 1954); ídem, *La batalla de Rivas* (San José, Aurora Social, 1955); ídem, *Crónicas y comentarios* (San José, Universal, 1956); ídem, *Documentos relativos a la guerra contra los filibusteros* (San José, Atenea, 1956); ídem, *La segunda campaña* (San José, Aurora Social, 1956). La Comisión reimprimió, además, la *Información ad perpetuam* de 1891 y la obra de Calvo Mora de 1897. *Supra*, notas 15 y 18.

- 41 Comité Alajuelense Pro Festejos del Centenario, *Libro de oro del centenario. Homenaje al héroe Juan Santamaría, 1856-1956* (San José, Imprenta Nacional, 1958).
- 42 Meléndez, Carlos, "Santa Rosa". *Boletín Informativo del Museo Nacional de Costa Rica*. San José, No. 11 (1955), pp. 1-26; ídem, *Luis Pacheco Bertora (apuntes sobre su vida y notas sobre su acto heroico del 11 de abril de 1856)* (San José, Tormo, 1956); ídem, *Juan Santamaría. Autenticidad de su acto heroico del 11 de abril de 1856* (San José, Imprenta Nacional, 1956).
- 43 Rodríguez, Armando, *Juan Rafael Mora y la guerra contra los filibusteros* (San José, Imprenta Las Américas, 1955).
- 44 Masís Rojas, Teresa, *Breve introducción para el estudio de la guerra contra los filibusteros (1856-57)* (San José, Lehmann, 1956).
- 45 Arroyo, Víctor Manuel, *Acusación ante la historia. Estados Unidos y la Campaña Nacional 1856-1857* (San José, s. e., 1956). Arroyo elaboró la obra a instancias de los dirigentes comunistas Manuel y Eduardo Mora, Carlos Luis Fallas y Arnoldo Ferreto, y la publicó con el pseudónimo de Pedro Soto para evitar ser "víctima de represalias". Cabe indicar que Arroyo, cuyo texto circuló antes que el de Obregón Loría, ubicó el combate de Sardinal (10 de abril de 1856) después de la batalla de Rivas (11 de abril de 1856) y, en concordancia con el énfasis liberal en los combates de marzo y abril de 1856, le dedicó poco espacio a la segunda parte de la guerra contra Walker. Acerca de la situación de los comunistas en Costa Rica luego de la guerra civil de 1948, véase: Aguilar, Marielos, *Clase trabajadora y organización sindical en Costa Rica 1943-1971* (San José, Porvenir, 1989), pp. 71-143; González, Alfonso, *Mujeres y hombres de la posguerra costarricense (1950-1960)* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005), pp. 20-27; Alvarenga, Patricia, *De vecinos a ciudadanos. Movimientos comunales y luchas cívicas en la historia contemporánea de Costa Rica* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica y Editorial Universidad Nacional, 2005), pp. 11-29 y 51-116.

Loría, que se constituyó en la principal historia costarricense de la Campaña Nacional.⁴⁶

Terminado el ciclo del centenario, únicamente hubo una publicación que vale la pena destacar en el decenio de 1960, el estudio de Demetrio Gallegos sobre Santamaría.⁴⁷ En general, después de 1958 el interés por la Campaña Nacional declinó pronunciadamente, pese a que en la década de 1974 se fundó un Museo consagrado a la memoria de la guerra de 1856-1857.⁴⁸ Las contribuciones principales, a partir de 1970, fueron dos estudios de Carlos Meléndez, uno sobre la batalla de Rivas y otro acerca de Juan Santamaría;⁴⁹ la versión definitiva del libro de Obregón Loría;⁵⁰ tres aportes documentales realizados por Eugenia Ibarra, Rafael Méndez y Clotilde Obregón, centrados en la participación de los indígenas en la lucha contra Walker y en el papel jugado por Santamaría en la batalla de Rivas, y en las experiencias de Faustino Montes de Oca como comandante de Castillo Viejo y capitán del vapor "Virgen";⁵¹ y una investigación elaborada por José Miguel Gutiérrez Mata y otros,

46 Obregón Loría, *La campaña del Tránsito*.

47 Gallegos Salazar, Demetrio, *Vida privada y hecho heroico de Juan Santamaría* (San José, Imprenta Nacional, 1966).

48 Acerca de este tema, véase: Aguilar Piedra, Raúl, *El Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Presente y futuro* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1995).

49 Meléndez, *Juan Santamaría*; ídem, *Santa Rosa: un combate por la libertad* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2001). Este último libro amplía el artículo de Meléndez publicado en 1955. Supra, nota 42.

50 Obregón Loría, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros* (San José, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991).

51 Ibarra, Eugenia, "Documentos para el estudio de la participación indígena en la Campaña Nacional de 1856". *Revista de Historia*. San José, No. 25 (enero-junio, 1992), pp. 245-250; Méndez, Rafael, "Juan Santamaría y los documentos de 1891". *Revista de Historia*. San José, No. 29 (enero-junio, 1994), pp. 195-210; Obregón, Clotilde, ed., *Diarios de Faustino Montes de Oca* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007), pp. 37-73.

que procuró aproximarse a la vida cotidiana de las tropas costarricenses durante el conflicto.⁵²

De los aportes indicados, cabe resaltar el de Méndez, quien localizó una serie de entrevistas a veteranos de la batalla de Rivas, realizadas en mayo de 1891, es decir, varios meses antes de la *Información ad perpetuam* levantada por la Municipalidad de Alajuela. A diferencia de esta última, en la cual las preguntas prácticamente sugerían las respuestas ya que su propósito era confirmar el acto heroico de Santamaría, las declaraciones localizadas por Méndez son más objetivas. Pese a que hay diferencias importantes en relación con los hechos descritos, la información recopilada corrobora la presencia de Santamaría en la batalla de Rivas, su participación en la quema del mesón y su muerte tras el último intento que hizo por incendiar esa edificación.⁵³

También merece destacarse el trabajo de Gutiérrez Mata y otros, que procuró aproximarse a la vida cotidiana del ejército costarricense. Tal línea de investigación, presente en algunas de las crónicas de Manuel de Jesús Jiménez, Ricardo Fernández Guardia y Gonzalo Chacón Trejos, fue ampliada para explorar aspectos como el traslado de las tropas del Valle Central a Nicaragua, la vestimenta, las comidas y las enfermedades de los soldados. Pese a estos aportes y el interés por resaltar las diferencias entre tropas y oficiales, el estudio está lejos aún de ser una historia social y cultural de la guerra de 1856-1857.

En el 2006, Juan Rafael Quesada dio a conocer un estudio en el que muestra la respuesta de algunas comunidades al llamado

52 Gutiérrez Mata, José Miguel, et al., "Reclutas, caites, fusiles y dolencias en la Campaña Nacional 1856-1857 (algunos aspectos sobre vida cotidiana)" (Memoria de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1997).

53 Méndez, "Juan Santamaría y los documentos", pp. 195-210, ídem, *Imágenes del poder*, pp. 145-162. La importancia de los documentos localizados por Méndez no fue comprendida por Raúl Aguilar Piedra. Véase: Aguilar Piedra, Raúl, "La guerra centroamericana contra los filibusteros en 1856-1857: una aproximación a las fuentes bibliográficas y documentales". *Revista de Historia*. San José, Nos. 51-52 (enero-diciembre, 2005), p. 494.

del gobierno de Mora para apoyar el esfuerzo bélico, aunque sin profundizar en el análisis de tan interesante evidencia.⁵⁴ Al año siguiente, Raúl Arias Sánchez publicó un libro que contiene una valiosa base de datos con el nombre, el grado, el origen geográfico y algunos datos adicionales de los soldados y oficiales que participaron en la guerra contra los filibusteros. Aunque el objetivo del autor fue recuperar esa información para que sus comunidades de origen pudieran reconocer y recordar eternamente a sus héroes, la base en mención puede ser utilizada por otros investigadores para examinar el trasfondo social y cultural de las fuerzas costarricenses a partir de estudios prosopográficos y de redes sociales.⁵⁵

Al igual que a finales del siglo XIX, en el ocaso del XX e inicios del XXI las investigaciones más destacadas sobre la experiencia de Walker en Centroamérica fueron elaboradas por investigadores no costarricenses. El nicaragüense, Alejandro Bolaños Geyer, elaboró la biografía empíricamente más exhaustiva de Walker (aunque guiada por un enfoque teórico simplista e ideológicamente tendencioso), con lo cual amplió el conocimiento acerca de diversos episodios de la guerra y precisó la cronología disponible.⁵⁶ Mucho más interesante es el estudio de Robert E. May acerca del filibusterismo en Estados Unidos antes de la guerra civil en ese país, obra en la cual el conflicto de 1856-1857 es examinado desde la perspectiva estadounidense.⁵⁷

54 Quesada, Juan Rafael, *Clarín patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2006), pp. 29-31 y 129-133.

55 Arias Sánchez, Raúl, *Los soldados de la Campaña Nacional (1856-1857)* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007), pp. xviii y 103-394.

56 Una síntesis de sus aportes se encuentra en: Bolaños Geyer, Alejandro, *William Walker. El predestinado* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003). En la contraportada de este libro figura una lista de las publicaciones de Bolaños Geyer desde 1974. Para una crítica de sus puntos de vista, véase: Molina Jiménez, Iván, "El extraño William Walker de Alejandro Bolaños Geyer". *Revista de Ciencias Sociales*. San José, Nos. 103-104 (2004), pp. 165-167.

57 May, Robert E., *Manifest Destiny's Underworld. Filibustering in Antebellum America* (Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2002).

El libro de May deja en claro aspectos sumamente importantes sobre la experiencia de Walker, entre los cuales cabe destacar que el gobierno federal estadounidense, pese a sus ambigüedades y limitaciones, obstaculizó más que apoyó las actividades filibusteras. Igualmente, dicha obra destaca que fue solo en setiembre de 1856 cuando, debido a su difícil situación en Nicaragua, Walker emitió un decreto en el que legalizó la esclavitud en ese país con el fin de atraerse el apoyo del sur esclavista de Estados Unidos. A partir de entonces fue también que Walker, quien había militado en el ala antiesclavista del Partido Demócrata de California entre 1853 y 1854, empezó a insistir en que Nicaragua en particular, y Centroamérica en general, constituyan un territorio propicio para preservar la institución de la esclavitud. De esta forma, la información aportada por May impugna fuertemente la versión tradicional que presenta a Walker, desde un inicio, como un abanderado del esclavismo. Además, May sugiere que Walker no tenía –por lo menos inmediatamente– intenciones de agredir a los otros países centroamericanos,⁵⁸ lo cual coincide con la falta de interés inicial de Guatemala, El Salvador y Honduras por apoyar a Costa Rica, y con los esfuerzos del gobierno de Mora por convencer a sus vecinos de que Walker suponía una amenaza para toda Centroamérica.

Por último, se debe destacar el aporte de Michel Gobat, cuyo libro demuestra el decisivo papel jugado por las elites y los líderes locales nicaragüenses en el ascenso de Walker y la consolidación de una posición de poder que le permitió incrementar sistemáticamente las fuerzas filibusteras. Gobat evidencia también la particular relación que tuvo Walker con el clero de Nicaragua, cuán heterogéneos eran los filibusteros y la influencia que en todo este

Una síntesis de algunos de los principales planteamientos de esta obra se encuentra en: ídem, "El frente doméstico de los filibusteros: política oficial en Washington, opinión pública en los Estados Unidos, y agresiones de William Walker a Centro América". *11 de Abril. Cuadernos de Cultura*. Alajuela, No. 14 (2006), pp. 9-47.

58 May, *Manifest Destiny's Underworld*, pp. 262-267.

proceso tuvieron una ideología que asociaba la "americanización" de Nicaragua con el progreso y la expectativa de construir un canal interoceánico en ese país.⁵⁹

En un balance de conjunto, se puede afirmar que la investigación histórica sobre la Campaña Nacional ha sido esporádica, ha estado dominada por la publicación de documentos y ensayos de alcance limitado, y ha respondido, ante todo, al estímulo de las conmemoraciones. Buena parte de lo publicado, además, ha sido poco original, folletinesco y elaborado por aficionados al estudio del pasado más que por profesionales en este campo. Pese a que la fase militarmente decisiva de la Campaña Nacional fue el periodo entre noviembre de 1856 y mayo de 1857, prevaleció el énfasis dado a las batallas de Santa Rosa y Rivas. El principal desafío a esta tendencia debió esperar a 1956, cuando empezó a circular el libro de Obregón Loría, el primer estudio detallado del conflicto escrito por un costarricense. Tampoco asombra que, dados los prejuicios de los historiadores tradicionales contra la fuente oral y las tradiciones populares como base de conocimiento, la polémica principal se centrara en torno a la figura y el acto heroico de Santamaría.⁶⁰

Sin duda, uno de los indicadores que mejor revelan la falta de interés de los historiadores por la Campaña Nacional es la lista de los temas de las de tesis de licenciatura, maestría y doctorado defendidas por costarricenses en universidades nacionales y extranjeras entre 1945 y el 2005. De 457 disertaciones presentadas en ese periodo, únicamente tres versaron sobre la guerra de 1856-1857 o analizaron figuras vinculadas con ese conflicto: la de Armando Rodríguez acerca de Juan

59 Gobat, *Confronting the American Dream*, pp. 21-41. El análisis de Gobat recupera, profundiza y corrige el aporte inicial de Burns, *Patriarch and Folk*, pp. 196-210.

60 Molina Jiménez, Iván, "Ficciones y constataciones: diez preguntas y respuestas sobre la Campaña Nacional (1856-1857)". *Revista Comunicación*. Cartago, 15: 1 (enero-julio, 2006), pp. 7-9.

Rafael Mora, sustentada en 1946 y publicada en 1955;⁶¹ la de Clara Luz Grillo, sobre el general José María Cañas, presentada en 1958;⁶² y la de Gutiérrez Mata y otros, acerca de la vida cotidiana de las tropas, defendida en 1997.⁶³

Los estudios sobre el contexto de la guerra

Curiosamente, la fase inicial de la profesionalización del estudio del pasado, tras la apertura de la Universidad de Costa Rica en el decenio de 1940, no supuso un interés por examinar la Campaña Nacional, pese a que, antes de la década de 1970, la investigación histórica era todavía bastante tradicional y centraba su atención en eventos y figuras individuales más que en procesos. La renovación experimentada por la historiografía costarricense en los últimos treinta años del siglo XX, preocupada por lo económico y lo demográfico,⁶⁴ tampoco favoreció el estudio de la guerra de 1856-1857, tema que fue asociado con la "vieja" forma de hacer historia. Sin embargo, la transformación historiográfica sí propició un mejor conocimiento y una mayor comprensión del contexto en que se libró la lucha contra Walker. El primer aporte, en este sentido, fue un artículo publicado en 1976 por el historiador estadounidense Germán Tjarks y otros investigadores acerca de la epidemia de cólera.⁶⁵

En la década de 1980, Bernardo Villalobos Vega, Eugenio Sancho y Carmen María Fallas analizaron la gestión gubernamental de Juan Rafael Mora y expusieron cómo el ascenso

61 Rodríguez Porras, Armando, "Introducción de don Juan Rafael Mora a la historia: antecedentes generales de la guerra nacional" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1946).

62 Grillo, Clara Luz, "General José María Cañas" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1958).

63 Gutiérrez Mata, "Reclutas, caites, fusiles".

64 Molina Jiménez, Iván, "La historiografía costarricense en la segunda mitad del siglo XX: renovación y diversificación" (en prensa).

65 Tjarks, Germán, et al., "La epidemia de cólera de 1856 en el Valle Central: análisis y consecuencias demográficas". *Revista de Historia*. Heredia, No. 3 (julio-diciembre, 1976), pp. 81-129.

de Mora al poder estuvo asociado con un nuevo estilo de administración del Estado que, al borrar los límites entre lo público y lo particular, condujo a la primera gran experiencia de corrupción en la historia de Costa Rica.⁶⁶ Estos estudios, al profundizar en el examen de las arbitrariedades e irregularidades atribuidas al régimen de Mora, un asunto previamente considerado por historiadores como Ricardo Fernández Guardia, Cleto González Víquez, Carlos Monge, Armando Rodríguez y Carlos Meléndez,⁶⁷ recuperaron un tema fundamental que había sido descartado por quienes examinaron la figura de Mora únicamente con el fin de exaltar su lucha contra Walker.⁶⁸

De manera similar, en 1988 Silvia Castro Sánchez presentó una tesis en la que demostró que el gobierno de Mora había intensificado el proceso de privatización de tierras —estrechamente relacionado con la expansión del café—, y que tal política le enajenó el apoyo de importantes sectores del campesinado, en particular por los beneficios logrados

66 Villalobos Vega, Bernardo, *Bancos emisores y bancos hipotecarios en Costa Rica 1850-1910* (San José, Editorial Costa Rica, 1981), pp. 25-70; Sancho Riba, Eugenio, "Merchant-planters and Modernization: An Early Liberal Experiment in Costa Rica, 1849-1870" (Ph. D. Dissertation, University of California-San Diego, 1982); ídem, "Costa Rica: aspectos económicos y sociales 1850-1860". *11 de Abril. Cuadernos de Cultura*. Alajuela, No. 7 (1984), pp. 5-33; Fallas Santana, Carmen, "Fortalecimiento del Estado en Costa Rica en la década de 1850" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1982); ídem, "Business and Politics in Costa Rica, 1849-1860: Consensus and Conflict within the Coffee Planter and Merchant Elite during the Mora Years" (Ph. D. Dissertation, University of California-Los Ángeles, 1988). Lamentablemente, al publicar su tesis 16 años después, Fallas Santana no se preocupó por actualizarla: ídem, *Elite, negocios y política en Costa Rica 1849-1859* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2004).

67 Fernández Guardia, Ricardo, *Cartilla histórica de Costa Rica* (San José, Alsina, 1909), p. 108; González Víquez, Cleto, *Obras históricas*, t. I (San José, Editorial Universitaria, 1958), pp. 211-212; Rodríguez, Juan Rafael Mora, pp. 56-58, 65-66, 78-79 y 145-146; Meléndez, Carlos, *Dr. José María Montealegre. Contribución al estudio de un hombre y una época poco conocida de nuestra historia* (San José, Academia de Geografía e Historia, 1968), pp. 37-58; Monge, Carlos y Wender, Ernesto J., *Historia de Costa Rica* (San José, Fondo de Cultura de Costa Rica, 1947), p. 214. Véase, además: *infra*, nota 110.

68 *Supra*, notas 23, 24 y 31; *infra*, nota 116.

tanto por el mismo Mora como por algunos de sus familiares y allegados.⁶⁹ En ese mismo año, Eugenia Rodríguez Sáenz analizó la magnitud de la crisis económica asociada con la Campaña Nacional y cuál fue su costo social, especialmente en qué grado favoreció procesos de expropiación de pequeños y medianos productores agrícolas.⁷⁰

A partir del decenio de 1990, tres fueron los principales aportes sobre el contexto de la guerra de 1856-1857. Clotilde Obregón y Jorge Francisco Sáenz Carbonell, tras las huellas de Teodoro Picado y Obregón Loría, realizaron una importante contribución acerca de las relaciones internacionales de Costa Rica en el período 1849-1860 y el conflicto con Nicaragua por el río San Juan.⁷¹ Más recientemente, Robert E. May, Rosa Garibaldi, Armando Vargas y Juan Rafael

69 Castro, Silvia, "Conflictos agrarios en una época de transición: la Meseta Central, 1850-1900" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988).

70 Rodríguez Sáenz, Eugenia, "Estructura crediticia, coyuntura económica y transición al capitalismo agrario en el Valle Central de Costa Rica (1850-1860)" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988). Las inquietudes de Rodríguez han sido retomadas más recientemente por un equipo de investigación dirigido por el historiador José Fernández. Barrantes, Víctor J., "Otro mito se nos cae: la guerra nacional de 1856-1857". *Campus*. Heredia, mayo del 2006, p. 3. Para una primera síntesis que ubica la guerra de 1856-1857 en un contexto más amplio, véase: Molina Jiménez, Iván, *La Campaña Nacional (1856-1857). Una visión desde el siglo XXI* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000).

71 Picado, Teodoro, *Antecedentes de la guerra nacional. Apuntes para nuestra historia diplomática* (San José, Alsina, 1922); Obregón Loría, Rafael, "Nuestras relaciones internacionales a mediados del siglo XIX". *Revista de la Universidad de Costa Rica*. San José, No. 14 (noviembre, 1956), pp. 63-140; Obregón Quesada, Clotilde, *El río San Juan en la lucha de las potencias (1821-1860)* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1993); Sáenz Carbonell, Jorge Francisco, *Historia diplomática de Costa Rica (1821-1910)*, t. I (San José, Juricentro, 1996), pp. 193-228. Se dispone de una nueva edición de los textos de Picado y Obregón Loría: Araya, Manuel, ed., *Relaciones internacionales y lucha contra los filibusteros* (San José, Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, 2006). La dimensión externa de la guerra también interesó a Araya Pochet, Carlos, "Centroamérica y los prolegómenos de la guerra nacional de 1856" (San José, Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de Costa Rica, 1968). Agradezco estas dos últimas referencias a Francisco Enriquez.

Quesada abordaron no sólo la dimensión diplomática de la guerra de 1856-1857, sino también su resonancia internacional, aunque con un enfoque diferenciado: analítico y sofisticado en los casos de May y Garibaldi, y episódico y patriótico en los casos de Vargas y Quesada.⁷² La reconstrucción de los discursos de la prensa internacional sobre la lucha contra los filibusteros es, con todo, una tarea aún pendiente.

Patricia Fumero, Patricia Vega y el suscrito dieron a conocer varios estudios acerca del cambio cultural en el decenio de 1850, relacionados con modificaciones en los patrones de consumo, en las diversiones públicas y en la cultura impresa.⁷³ Finalmente, la importante tesis de licenciatura de Hugo Vargas mostró cómo entre 1848 y 1859 se restringió el derecho al voto de muchos costarricenses adultos, y se limitó la posibilidad de otros tantos a acceder a la condición de elector de segundo grado.⁷⁴ Tales restricciones parecen haber respondido al interés de los grandes cafetaleros, que impulsaban la privatización de la tierra, por limitar el

72 May, *Manifest Destiny's Underworld*; Garibaldi, Rosa, *La política exterior del Perú en la era de Ramón Castilla. Defensa hemisférica y defensa de la jurisdicción nacional* (Lima, Fondo Editorial Academia Diplomática del Perú, 2003), pp. 252-304; Vargas, Armando, *El lado oculto del presidente Mora: resonancias de la guerra patria contra el filibusterismo de los Estados Unidos (1850-1860)* (San José, Editorial Juricentro, 2007); Quesada, *Clarín patriótico*, pp. 142-168. Para una crítica de los libros de Vargas y Quesada, véase: Molina Jiménez, Iván, "En defensa del análisis histórico. A propósito de algunas obras recientes sobre la guerra de 1856-1857". *Revista de Historia de América*. México, N° 137 (enero-diciembre, 2006), en prensa.

73 Fumero Vargas, Patricia, "La ciudad en la aldea. Actividades y diversiones urbanas en San José a mediados del siglo XIX"; Vega Jiménez, Patricia, "De la banca al sofá. La diversificación de los patrones de consumo en San José (1857-1861)"; Molina Jiménez, Iván, "Azul por Rubén Darío. El libro de moda'. La cultura librería del Valle Central de Costa Rica (1780-1890)". Molina y Palmer, *Héroes al gusto*, pp. 113-255.

74 Vargas, Hugo, "Procesos electorales y luchas de poder en Costa Rica: estudio sobre el origen del sistema de partidos, 1821-1902" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1996). Para un libro que sintetiza los nuevos aportes sobre el legado colonial, la década de 1850 y la identidad nacional, véase: Molina Jiménez, Iván, ed., *Industriosa y sobria. Costa Rica en los días de la Campaña Nacional (1856-1857)* (San José, Plumssock Mesoamerican Studies, 2007).

acceso a las municipalidades de personas identificadas con sectores de productores agrícolas opuestos a esa política agraria.

Los trabajos acerca de la recuperación de la Campaña Nacional

Indiscutiblemente, la década de 1990 supuso un cambio decisivo en cuanto al estudio de la Campaña Nacional, ya que surgió un profundo interés en investigar no la guerra de 1856-1857, sino cómo este conflicto se convirtió en el eje de la primera configuración de la identidad nacional en Costa Rica. El liderazgo en este nuevo enfoque le cupo al historiador canadiense Steven Palmer, quien en 1990 defendió una tesis en Columbia University sobre la invención de la nación en Guatemala y Costa Rica.⁷⁵ Basado en la teorías de Benedict Anderson sobre las naciones como comunidades imaginadas,⁷⁶ Palmer desafió la perspectiva convencional acerca del origen de la identidad nacional, que enfatizaba en que esa identidad tenía su origen en el periodo colonial. Al demostrar que tal punto de vista fue una construcción de los políticos e intelectuales liberales de las décadas de 1880 y 1890, Palmer señaló que la identidad nacional era también una invención originada en los últimos veinte años del siglo XIX. Finalmente, Palmer resaltó el trasfondo étnico de esa identidad, que insistía en que Costa Rica, a diferencia de los otros países centroamericanos, era una sociedad "blanca".

Dado a conocer por primera vez en español en 1992,⁷⁷ el trabajo de Palmer tuvo una profunda influencia y numerosos seguidores, en particular entre los historiadores y los estudiosos de lo literario. Gracias a su enfoque comparativo y al peso de la historiografía costarricense en Centroamérica, el estudio

75 Palmer, Steven, "A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica, 1870-1900" (Ph. D. Dissertation, Columbia University, 1990).

76 Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (London, Verso, 1983).

77 Palmer, "Sociedad anónima", pp. 257-323.

de Palmer empezó a ser conocido también en los otros países del istmo.⁷⁸ Por razones de espacio, esa abundante producción no será considerada aquí; sin embargo, si es oportuno destacar los estudios de cuatro historiadores costarricenses que han complementado los hallazgos de Palmer o se han apartado decisivamente de su perspectiva.

Rafael Méndez empezó a preparar su tesis sobre el proceso que condujo a la conversión de Juan Santamaría en héroe nacional cuando apenas comenzaba a darse a conocer el trabajo de Palmer.⁷⁹ Por tal razón, la versión inicial de su trabajo no incorporó un debate sistemático con dicho historiador canadiense. Pese a esta limitación, Méndez contribuyó de manera importante al diferenciar las etapas en la construcción del héroe y profundizar en el estudio de los años anteriores a 1885 y posteriores a 1891, dos periodos que Palmer no consideró con suficiente detalle. Desafortunadamente, el estudio de Méndez permaneció inédito durante casi catorce años, por lo que no logró insertarse debidamente en el marco de los debates que se dieron en la década de 1990.⁸⁰

Si bien inicialmente Víctor Hugo Acuña acogió con entusiasmo el trabajo de Palmer, e incluso realizó un estudio acerca de cómo el discurso nacionalista fue apropiado por los trabajadores centroamericanos,⁸¹ pronto empezó a variar su posición. Según

78 Para un listado de las obras históricas sobre las identidades nacionales en Centroamérica, la mayoría influida, directa o indirectamente, por los estudios de Palmer, véase: Díaz, David y Acuña, Víctor Hugo, "Identidades nacionales en Centroamérica: bibliografía de los estudios historiográficos". *Revista de Historia*. San José, No. 45 (enero-junio, 2002), pp. 267-283.

79 Méndez, Rafael, "Juan Santamaría: una aproximación al estudio del héroe: 1860-1915" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1993).

80 Méndez, *Imágenes del poder*.

81 Acuña, Víctor Hugo, "Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930)". Molina Jiménez, Iván y Palmer, Steven, eds., *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800/1950)* (San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1994), pp. 145-165.

Acuña, los políticos costarricenses comenzaron a inventar particularidades identitarias para diferenciar a Costa Rica del resto de Centroamérica prácticamente desde antes de la independencia (1821). Tal punto de vista, originalmente planteado en 1995,⁸² fue radicalizado en un artículo publicado por Acuña en el 2001, en el cual no solo redujo al mínimo el papel jugado por los políticos e intelectuales liberales de los decenios de 1880 y 1890 en la invención de la nación, sino que omitió toda referencia a los estudios de Palmer.⁸³ En un trabajo posterior, Acuña moderó ligeramente su posición y reconoció a Palmer como renovador de los estudios sobre la formación de la nación en Costa Rica y en el resto del istmo.⁸⁴ Uno de los aspectos más sorprendentes en relación con el enfoque de Acuña es que buena parte de su interpretación fue avanzada por Ileana Muñoz, una historiadora de la educación prematuramente fallecida, en una tesis defendida en 1988 y publicada en el 2002.⁸⁵

Tras los pasos de Acuña, David Díaz, en el 2001, presentó una tesis sobre la fiesta de la independencia en Costa Rica entre 1821

-
- 82 Acuña, Víctor Hugo, "Historia del vocabulario político en Costa Rica. Estado, república, nación y democracia (1821-1949)". Taracena, Arturo y Piel, Jean, comps., *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995), pp. 63-74.
- 83 Acuña Ortega, Víctor Hugo, 'Comunidad política e identidad política en Costa Rica en el siglo XIX'. *Istmo. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos*. No. 2 (julio-diciembre 2001) [<http://www.denison.edu/collaborations/istmo/n02/proyectos/comunidad.html>]. Para una crítica, véase mi comentario en: *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. Barcelona, 7: 367 (19 de abril, 2002) [<http://www.ub.es/geocrit/b3w-367.htm>].
- 84 Acuña, Ortega, Víctor Hugo, "La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870". *Revista de Historia*. San José, No. 45 (enero-junio, 2002), pp. 191-228. Actualmente, Acuña elabora una investigación sobre la memoria de la guerra de 1856-1857, centrada en las obras historiográficas: ídem, "Vertientes del recuerdo". Llama la atención que Acuña descartara el análisis de la memoria popular, la cual se podría investigar –como lo ha señalado Palmer– mediante un estudio sistemático de las solicitudes de pensión y otros documentos similares.
- 85 Muñoz, Ileana, *Educación y régimen municipal en Costa Rica 1821-1882* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002), pp. 3-52.

y 1921, en la cual mostró que, a diferencia de lo planteado por Palmer, tal festividad se había celebrado desde antes de 1848 (año en que Costa Rica fue declarada república).⁸⁶ Aunque en este trabajo Díaz tendió a identificarse con el enfoque más radical de Acuña, en un texto posterior ha tomado distancia de tal posición, al ubicar la invención cultural de la nación en el periodo posterior a 1870.⁸⁷ Más recientemente, Díaz ha elaborado una historia de cómo se ha conmemorado el 11 de abril, aniversario de la batalla de Rivas, entre 1916 y el 2006,⁸⁸ con lo que ha completado el trabajo iniciado por Méndez.

En contraste con los autores anteriores, Juan Rafael Quesada se convirtió en el crítico principal y más sistemático del enfoque de Palmer. Para Quesada, quien se mantuvo fiel a la visión convencional de cómo surgió la identidad nacional en Costa Rica, tal proceso tuvo su origen en el periodo colonial y se consolidó después de la independencia, como producto de una paulatina identificación de los habitantes en un espacio territorial preciso. Fundamental en esa consolidación fue, por supuesto, la guerra de 1856-1857. De esta forma, los políticos e intelectuales liberales, en vez de haber sido los inventores de esa identidad, la habrían traicionado, al entrar en componendas con el capital extranjero, lo cual motivó una respuesta nacionalista en las primeras décadas del siglo XX.⁸⁹

86 Díaz, David, "La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821-1921" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 2001).

87 Díaz, David, *Construcción de un Estado moderno. Política, Estado e identidad nacional en Costa Rica 1821-1914* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005), pp. 59-67. Véase, además: ídem, "La invención de las naciones en Centroamérica, 1821-1950" (inédito, 2006).

88 Díaz, David, *Historia del 11 de abril: Juan Santamaría entre el pasado y el presente* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006).

89 Quesada, *Historia de la historiografía*, pp. 133-134, 150 y 165-166; ídem, "Historiografía costarricense y Estado nacional". *Memorias del IV Simposio Panamericano de Historia* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2001), pp. 324-325; ídem, *Clarín patriótico*, pp. 59-176.

Ciertamente, Acuña no comparte la posición precedente: para él, a diferencia de Quesada, la identidad es una invención y no el resultado de la relación establecida entre una población y un territorio. Sin embargo, ambos historiadores tienen en común que introducen una perspectiva de mediana duración para ubicar el surgimiento o construcción de la identidad nacional, lo que los lleva a iniciar su análisis antes de 1821 (en contraste con Palmer, quien enfatizó que la invención de la nación fue un proceso tardío y de corta duración). De este modo, tres lustros después de la presentación de la original tesis de Palmer, algunos historiadores costarricenses han vuelto a reivindicar, parcial o totalmente, la versión tradicional acerca del origen de la identidad nacional en Costa Rica.

LITERATURA Y CAMPAÑA NACIONAL

Al enfatizar en el estudio del periodo posterior a 1880, las principales historias recientes de la literatura costarricense han tendido a dejar de lado el papel jugado por la Campaña Nacional (1856-1857) en la creación literaria.⁹⁰ Ya en agosto de 1857, fue publicado, en San José, el *Clarín patriótico*, una recopilación de canciones preparada por el guatemalteco asentado en San José, Tadeo N. Gómez, la cual constituye uno de los primeros poemarios impresos en el país.⁹¹ A finales de 1858,

90 Quesada, Álvaro, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1986); ídem, *Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica 1890-1940* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1998); ídem, *Breve historia de la literatura costarricense* (San José, Editorial Porvenir, 2000); Rojas, Margarita y Ovares, Flora, *100 años de literatura costarricense* (San José, Farben, 1995); ídem, Santander, Carlos y Carballo, María Elena, *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993).

91 Gómez, Tadeo N., comp., *Clarín patriótico* (San José, Imprenta de La Paz, 1857). Véase, además: Quesada, *Clarín patriótico*.

una compañía de teatro española, dirigida por Mariano Luque, estrenó la obra "Los yankees en Centro-América o Walker en Masaya".⁹² En 1873, circuló la "zarzuela histórica-fantástica", *La guarda del campamento*, de José Manuel Lleras,⁹³ en 1884 se presentó en San José la obra "Santiago el abanderado, un episodio de la Guerra Nacional",⁹⁴ y en 1899, Manuel Argüello Mora dio a conocer un libro que incluía sus relatos "La Trinchera", "Elisa Delmar" y "Margarita", cuyo contexto es la caída y fusilamiento de Juan Rafael Mora.⁹⁵

Tras la recuperación de la Campaña Nacional por los políticos e intelectuales liberales y la conversión de Juan Santamaría en héroe nacional, durante la década de 1880, se incrementó la influencia de la guerra de 1856-1857 en la creación literaria. Aunque todavía no existe un registro exhaustivo de esa producción, la información disponible permite trazar un perfil básico. El aumento, particularmente visible en las ramas de la poesía y el teatro, tendía a intensificarse durante la conmemoración de aniversarios clave o en ocasiones especiales. El centenario del nacimiento de Juan Rafael Mora (1914) fue motivo de unos juegos florales,⁹⁶ y en 1926, en el *Libro del héroe*, fueron recopilados 15 poemas a Santamaría.⁹⁷

En 1934, en el *Libro del centenario de Juan Santamaría*, fueron incluidos, entre otros textos, una obra de teatro de Jesús Ocaña, titulada "El Erizo", y un nuevo conjunto de ocho

92 Fumero, "La ciudad en la aldea", p. 150.

93 Lleras, José Manuel, *La guarda del campamento (Ligero episodio de la guerra nacional de Centro América)* (San José, Imprenta Nacional, 1873).

94 *La Gaceta*, 13 de setiembre de 1884, p. 866. Agradezco este dato a David Díaz.

95 Argüello Mora, Manuel, *Costa Rica pintoresca. Sus leyendas y tradiciones. Colección de novelas, cuentos, historias y paisajes* (San José, Lines, 1899), pp. 46-59, 65-86 y 159-202.

96 *Juegos Florales de 1914*.

97 Dobles Segreda, *El libro del héroe*. Sobre la influencia de los aniversarios y del discurso oficial, véase: Ríos, Verónica, "Juan Santamaría y su impacto en el ensayo costarricense". *Revista Comunicación*. Cartago, 15: 2 (agosto-diciembre, 2006), pp. 67-72.

poemas dedicados al héroe (entre los cuales destaca un soneto de Julián Marchena).⁹⁸ Casi un cuarto de siglo después, en el *Libro de oro del centenario*, impreso en 1958, fueron publicados los trabajos ganadores de dos concursos, uno de sonetos y otro de dramatizaciones. De 111 sonetos dedicados al tambor alajuelense, fueron publicados 16; además, fueron incluidas cinco composiciones adicionales. De las 20 dramatizaciones recibidas, siete (algunas en verso) fueron consideradas dignas de publicación: "Camino de gloria", de Jesús Murillo, "Cuando la guerra es santa", de Gonzalo Dobles Solórzano, "Juan Santamaría", de Auristela de Jiménez, "Juan Santamaría", de Carlos Luis Sáenz, "La hazaña heroica", de Ramón Jugo, "Momento decisivo", de M. Fonseca y "Pinceladas de historia patria", de Virginia Salazar.⁹⁹

A grandes rasgos, se puede afirmar que en ese proceso de creación literaria participaron más varones que mujeres, ilustres desconocidos y autores hoy consagrados, y que la lírica y el drama superaron ampliamente a la narrativa. En este último campo, hay algunos cuentos dispersos, como los de Ricardo Fernández Guardia en *Cuentos ticos y La miniatura*, y el de Alejandro Alvarado en *El libro de los pobres* en 1908,¹⁰⁰ pero el texto más importante es una novela corta de Carlos Gagini, titulada *El Erizo* e inserta en la segunda edición de *El árbol enfermo*. Este relato destaca por el protagonismo dado al personaje femenino en la guerra —una línea iniciada por Argüello Mora a finales del siglo XIX— y, sobre todo, por la sexualización de la figura

98 Instituto de Alajuela, *Libro del centenario*.

99 Comité Alajuelense Pro Festejos del Centenario, *Libro de oro del centenario*. Carlos Luis Sáenz, quien fuera militante comunista, había publicado ya la obra *Cuadros del 56. Teatro escolar* (San José, Editorial Las Américas, 1955). Agradezco esta referencia al profesor Juan Rafael Quesada.

100 Fernández Guardia, Ricardo, "Un héroe". *Cuentos ticos* (San José, Imprenta y Librería Española, 1901), pp. 39-53; ídem, "Martín". *La miniatura* (San José, Alsina, 1920), pp. 39-48. Alvarado Quirós, Alejandro, "El trofeo". Vargas, Guillermo y Villegas, Rafael, *El libro de los pobres* (San José, Alsina, 1908), pp. 91-96. La Editorial Universidad Estatal a Distancia publicó una nueva edición de este último libro en el 2007.

de Santamaría, una innovación que quizá contribuyó a que la obra no gozara, al parecer, del favor del público.¹⁰¹

Dos obras publicadas recientemente confirman las tendencias descritas. Después de la breve novela de Gagini, el único autor que ha escrito un conjunto de relatos que tienen por tema la Campaña Nacional ha sido Carlos Luis Altamirano. *Cuentos del 56*, que circuló con el sello de la Editorial Costa Rica en 1996, ofrece catorce historias basadas en episodios de la guerra contra Walker y sus filibusteros.¹⁰²

Si bien Altamirano, al inicio de su libro, indica que esos cuentos fueron "...escritos para expresar gratitud y admiración a ese campesino resuelto, viril, dueño absoluto de la costarriquidad en su patriotismo",¹⁰³ los relatos eluden el patriotismo fácil y se concentran en trazar un fresco muy interesante acerca de las experiencias y dificultades cotidianas de los combatientes. Las descarnadas descripciones de las batallas de Santa Rosa y Rivas, en los relatos "Primo el optimista" y "¡Ninguna!" evocan el horror de la guerra de una manera similar a como lo hizo Enrique Echandi en su extraordinaria pintura, "La quema del mesón".¹⁰⁴ "¡Ninguna!", el mejor relato de la colección, ofrece a su vez una interesantísima y poética lectura de la muerte de Santamaría, ya que el personaje principal, Jacinto Cambronero (al igual que otros veteranos de ese combate), no es testigo directo del acto en que pereció el tambor alajuelense.

Más recientemente, en el 2005, el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría publicó la obra de teatro *La tea fulgurante -Juan Santamaría o las iras de un Dios-*, de Jorge Arroyo.¹⁰⁵ A

101 Supra, nota 95; Gagini, Carlos, "El Erizo (novela histórica)". *El árbol enfermo*, 2da. edición (San José, Trejos, 1922), pp. 117-143. La Editorial Universidad Estatal a Distancia publicó *El Erizo* de manera independiente en el 2006.

102 Altamirano, Carlos Luis, *Cuentos del 56* (San José, Editorial Costa Rica, 1996).

103 Altamirano, *Cuentos del 56*, p. 10.

104 Palmer, "Sociedad anónima", pp. 307-308.

105 Arroyo, Jorge, *La tea fulgurante -Juan Santamaría o las iras de un Dios-* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2005). Arroyo había dado a conocer en 1995 la obra "La batalla de Rivas".

diferencia del texto de Altamirano, el de Arroyo se inscribe en la larga tradición dramática inaugurada por la empresa Luque en 1858. Ciertamente, el trabajo de Arroyo introduce críticas moderadas a la Costa Rica actual que están ausentes en los cuentos de Altamirano y en buena parte de la creación literaria anterior a la década de 1990. El Juan de su obra, más cercano culturalmente a la buena sociedad que a la plebe de Alajuela, no solo impugna la invasión cultural estadounidense, sino a tanto Caín disfrazado de Abel que vende la patria a los yanquis e, incluso, condena fuertemente el ¡chiste del empujón! (algo impropio de un alajuelense).¹⁰⁶ Pese a estas críticas, la versión de Arroyo sobre Santamaría y su participación en la batalla de Rivas repite, en esencia, la versión tradicional de los hechos.

La combinación de crítica moderada con la recuperación de la versión más convencional acerca del acto heroico de Santamaría puede explicarse, en parte, por el interés de Arroyo de lograr una favorable acogida de su obra entre las diversas audiencias de la desencantada Costa Rica de inicios del siglo XXI (en particular, en el circuito escolar y colegial). La reproducción de la narrativa más tradicional, sin embargo, pudo obedecer también al desconocimiento de la nueva e importante documentación sobre el tambor alajuelense dada a conocer por el historiador Rafael Méndez en 1994, la cual, además, está desprovista del dramatismo patriótico que caracteriza la *Información ad perpetuam* levantada en 1891.

Finalmente, en el 2006, fue puesta en escena una obra de Melvin Méndez titulada "Historias del fusil", en la cual la Campaña Nacional fue planteada desde la perspectiva de las mujeres, dejadas atrás por quienes partían a la guerra.¹⁰⁷ La introducción de

106 De acuerdo con el chiste, cuando en la batalla de Rivas el general Cañas solicitó un voluntario para quemar el mesón, Santamaría fue empujado por sus compañeros. Tal broma constituye, más que una burla de Santamaría, un desafío a la versión que fue oficializada con base en la *Información ad perpetuam* levantada por la Municipalidad de Alajuela en 1891.

107 Venegas, William, "Quedan las mujeres". *Viva. La Nación*, 29 de abril, 2006, p. 16.

un enfoque de género, a tono con las corrientes predominantes al inicio del siglo XXI, constituye sin duda un giro novedoso en una temática en la que ha predominado el punto de vista militar y masculino. Quizá esta experiencia, en especial si logra tener una buena acogida entre el público, abra la vía para otras propuestas creativas más arriesgadas y distantes de lo tradicional.

POLÍTICA E IDEOLOGÍA DE LA CAMPAÑA NACIONAL

Finalizada la guerra de 1856-1857, Juan Rafael Mora procuró capitalizar políticamente la expulsión de Walker y sus fuerzas de Centroamérica. Se configuró entonces un discurso que exaltaba sistemáticamente al presidente, presentado en la documentación oficial y en la prensa como el gran héroe de la lucha contra los filibusteros. Tras el derrocamiento de Mora, en 1859, quienes asumieron el poder elaboraron una narrativa que, al recuperar las críticas de quienes se opusieron al régimen depuesto, enfatizaba en las irregularidades y arbitrariedades atribuidas a Mora. A la vez, comenzaron a promocionar héroes alternativos de la guerra de 1856-1857, como Lorenzo Salazar y Juan Santamaría; pero sin éxito.¹⁰⁸ El primer intento hasta ahora conocido por rehabilitar la figura de Mora ocurrió en 1873, cuando varios diputados propusieron construir un mausoleo en el cementerio de San José para trasladar allí los restos de Mora, ya que "el tiempo ha despejado las nubes que oscurecían [sus] méritos y servicios". Sin embargo, tal proyecto no prosperó, en buena medida porque la comisión legislativa que se pronunció a favor, lo complicó al recomendar que se incluyeran en el homenaje a José Joaquín Mora, José María Cañas y a Braulio Carrillo.¹⁰⁹

108 Méndez, *Imágenes del poder*, pp. 31-68.

109 Díaz, David, "Fiesta e imaginaria cívica: la memoria de la estatuaría de las celebraciones patrias costarricenses, 1876-1921". *Revista de Historia*. San José, Nos. 49-50 (enero-diciembre, 2004), pp. 127-128.

En la década de 1880 los políticos e intelectuales liberales recuperaron de manera sistemática la guerra de 1856-1857 con el fin de preparar a los sectores populares para una eventual guerra con Guatemala (Justo Rufino Barrios acababa de decretar la unión de Centroamérica y se proponía llevarla a cabo por la fuerza, si era necesario) e identificarlos con el programa liberal de reforma. En la versión que entonces se elaboró de la Campaña, se destacó el papel jugado por las elites nicaragüenses en la llegada de Walker a Nicaragua, y se enfatizó que el jefe filibustero no era apoyado por el gobierno federal estadounidense, sino por los estados esclavistas del sur, contrapuestos al norte liberal y democrático.¹¹⁰

Luego de 1900, surgió en Costa Rica un círculo de intelectuales radicales, en el que destacaron, entre otros, Roberto Brenes Mesén, José María Zeledón, Joaquín García Monge, Omar Dengo y Carmen Lyra. En una época en la cual el antiimperialismo empezaba a extenderse por América Latina tras la derrota de España por Estados Unidos (1898), esos intelectuales empezaron a interpretar la guerra de 1856-1857 en un sentido antiimperialista. Tal énfasis pronto sería reforzado por los nacionalistas del decenio de 1920 y por los comunistas luego de 1930. A diferencia de la versión liberal, este nuevo enfoque disminuía o borraba el papel de las elites nicaragüenses en la llegada de Walker, que ahora era conceptualizada como una invasión, y presentaba a este último como un representante del imperialismo yanqui, tácitamente apoyado por el gobierno estadounidense.¹¹¹

Ciertamente, los liberales no desconocieron el liderazgo de Juan Rafael Mora en la guerra, pero centraron la atención en Juan Santamaría. Ocurrió así por, al menos, dos razones básicas. Por un lado, se requería de un héroe de origen popular, que pudiera

110 Palmer, "Sociedad anónima", pp. 296-309.

111 Molina Jiménez, Iván, "La invención de Juan R. Mora". *Áncora. La Nación*, 10 de junio del 2007, p. 12; ídem, "La versión extrema sobre William Walker". *Áncora. La Nación*, 20 de mayo del 2007, p. 12; Díaz, "Fiesta e imaginaria cívica", pp. 128-129.

ser convertido en el modelo a imitar por campesinos, artesanos y trabajadores. Y por otro, convertir a Mora en un héroe nacional era problemático no sólo por las irregularidades y arbitrariedades atribuidas a su régimen, sino, sobre todo, porque había muerto fusilado por un gobierno costarricense. En contraste con Santamaría, Mora tenía una dimensión controversial que podía potenciar las divisiones de la sociedad costarricense, en vez de disminuirlas. Pese a lo indicado, a partir del decenio de 1880 se abrió un espacio importante para rehabilitar al presidente que liderara la lucha contra los filibusteros

La rehabilitación completa de Mora debió esperar a las primeras tres décadas del siglo XX y, al parecer, tuvo por base los textos de Montúfar y sobre todo de Argüello Mora, que recuperaron la exaltación sistemática de Mora que caracterizó el periodo anterior al golpe de Estado de 1859. Argüello Mora había indicado, en 1898, que su tío era "cuasi adorado por el pueblo", pero que tenía la oposición de importantes capitalistas (un tema parcialmente adelantado por Montúfar en 1888). Además, definió a su tío como "el libertador de América en la campaña de 1856", y se valió de uno de sus relatos histórico-literarios ("Elisa Delmar"), ubicado durante el intento emprendido por Mora en septiembre de 1860 para recuperar el poder, para calificar los fusilamientos del ex presidente y de Cañas de asesinatos políticos.¹¹²

Fueron dos las interpretaciones que, a partir de inicios del siglo XX, revalorizaron la figura de Mora. La primera, conformada por los izquierdistas ya citados, contrapuso a Mora, caracterizado como un gobernante nacionalista, antiimperialista y antioligárquico, a los políticos liberales, proclives a pactar con el capital extranjero. Ya en 1937, el periódico comunista, *Trabajo*, difusor de la interpretación antiimperialista de la guerra de 1856-1857, responsabilizaba al imperialismo y a los plutócratas criollos del asesinato de Mora, por haber tocado "...los bolsillos de los adinerados... que vieron cortados sus abusos en la especulación cuando

112 Montúfar, *Walker en Centroamérica*, p. 366; supra, notas 16 y 95.

el Gobernante creó un Banco Nacional". Según los comunistas, Mora fue un prócer de estatura continental que supo enfrentarse al imperialismo yanqui.¹¹³ La otra versión, menos radical, surgió a partir de la conmemoración del centenario del nacimiento de Mora (1914) y de la inauguración de su estatua (1929). Se caracterizó por exaltar a Mora por liderar la guerra de 1856-1857 (fue equiparado ya con Bolívar), y por haber sido un gobernante probo y democrático.¹¹⁴

El énfasis de esos izquierdistas en Mora más que en Santamaría pudo obedecer a los siguientes motivos. Primero, por alguna desconfianza en relación con la figura de Santamaría, tan manipulada por los liberales y cuyo acto heroico había sido cuestionado fuertemente por Montúfar. Segundo, porque, en términos de la lucha contra Walker, el papel fundamental evidentemente le correspondía a Mora. Y tercero, porque al presentar al presidente de 1856 como un antiimperialista, se facilitaba cuestionar a los políticos de 1900 por su tendencia a pactar con el imperialismo estadounidense. Además, el acento en Mora permitía responsabilizar de su muerte a la oligarquía, y enfatizar la admiración que había por él en algunos círculos intelectuales del resto del istmo, que lo consideraban el prototipo del patriota centroamericano.¹¹⁵

Pese a sus diferencias, ambas versiones tenían en común que dejaron de lado las irregularidades y arbitrariedades atribuidas a Mora, así como el papel que jugó su gobierno en impulsar el capitalismo agrario. En contraste con tales interpretaciones, el análisis histórico no descartó esos temas, como lo prueban las obras de Fernández Guardia, González Víquez, Rodríguez, Monge, Meléndez y, más recientemente, de

113 Molina Jiménez, "La invención", p. 12; Urbina, Chester, "Antiimperialismo y reafirmación nacional. Los actos de inauguración del Monumento a Juan Rafael Mora Porras (1929)". *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*. San José, 1: 4 (junio-setiembre, 2000) [<http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/dialogos.html>].

114 *Supra*, notas 23-24 y 31.

115 Agradezco a David Díaz por destacar este último punto.

Fallas.¹¹⁶ Estos historiadores, además, destacaron el papel de las elites nicaragüenses en la llegada de Walker a Nicaragua y, con excepción parcial de Rodríguez, disociaron la experiencia filibustera del gobierno federal estadounidense. Obregón Loría se apartó del enfoque precedente porque evitó considerar los cuestionamientos al régimen de Mora y sugirió que hubo un apoyo tácito del gobierno de Estados Unidos a Walker.¹¹⁷ Así, su versión de la guerra de 1856-1857 y de Mora, contenida en el principal libro costarricense sobre la Campaña publicado en el siglo XX, recuperó aspectos fundamentales de las nuevas interpretaciones surgidas a partir de 1900.

En la década de 1940, la versión antiimperialista de la Campaña Nacional tomó un giro inesperado, ya que la oposición a los gobiernos de Rafael Ángel Calderón Guardia (1940-1944) y de Teodoro Picado (1944-1948), desde 1941 cercanos a los comunistas, utilizó la guerra de 1856-1857 para denunciar el imperialismo ruso. La inserción de la lucha contra Walker en la dinámica de la guerra fría, que contrapuso una interpretación antiimperialista de derecha con una de izquierda, se consolidó después de 1950 y adquirió particular intensidad en el decenio de 1980, tras el triunfo de la revolución sandinista, el inicio de la guerra civil en El Salvador y la intervención creciente de Estados Unidos en el istmo.¹¹⁸

Lograda la pacificación de Centroamérica y desaparecida la Unión Soviética, la conmemoración de la Campaña Nacional rápidamente empezó a perder importancia para el Estado costarricense. Este proceso parece haber estado relacionado con la atención prestada por las administraciones de Rafael Ángel Calderón Fournier (1990-1994) y de José María Figueres Olsen (1994-1998) a la conmemoración de los cincuentenarios

116 Supra, notas 66-67. Véase, además: Castro, Silvia, "Estado, privatización de la tierra y conflictos agrarios". *Revista de Historia*. San José, Nos. 21-22 (enero-diciembre, 1990), pp. 207-230; y Vargas, Hugo, *El sistema electoral en Costa Rica durante el siglo XIX* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005), pp. 3, 7-8 y 18-21.

117 Obregón Loría, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*, pp. 3, 157 y 319-324.

118 Díaz, *Historia del 11 de abril*, pp. 21-25 y 76-77.

de las reformas sociales del período 1941-1943 y de la guerra civil de 1948. En tales circunstancias, contenidos de la versión antiimperialista de izquierda fueron apropiados por sectores opuestos a las políticas económicas neoliberales, a la privatización de instituciones públicas, y últimamente a la aprobación de un Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos. Ante este desafío, la respuesta gubernamental no fue disputar la interpretación de la Campaña, sino restarle apoyo oficial a la conmemoración, un fenómeno que fue particularmente visible durante el sesquicentenario.

A diferencia del centenario de la Campaña, cuando la atención fue concentrada de nuevo por la figura de Santamaría, en el 2006-2007 los grupos opuestos al TLC destacaron la de Mora, un énfasis que ha sido respaldado por las obras de Vargas y Quesada. Ambos libros, así como el de Arias Sánchez, volvieron a presentar la llegada de Walker a Centroamérica como una invasión tácitamente apoyada por el gobierno de Estados Unidos. Al descartar buena parte del conocimiento histórico producido en los últimos treinta años, y al insistir en un enfoque patriótico y episódico de la guerra de 1856-1857, los textos indicados se constituyeron en el eje de la principal polémica que hubo durante el sesquicentenario.¹¹⁹

EPÍLOGO

Todo parece indicar que, precisamente por su inserción en la cultura oficial desde finales del siglo XIX, la Campaña Nacional, como objeto de investigación histórica y de creación literaria, ha quedado circunscrita por las conmemoraciones principales relacionadas con la guerra de 1856-1857: las inauguraciones de las estatuas de Juan Santamaría (1891) y de Juan Rafael Mora (1929), y del Monumento Nacional (1895); y los centenarios del nacimiento del presidente que condujo la lucha contra los filibusteros (1914), del soldado alajuelense (1931) y

119 Para un balance de la polémica, véase: Molina Jiménez, "En defensa del análisis histórico".

de la batalla de Rivas (1956). Gracias a la influencia de los medios y al respaldo simbólico y financiero del Estado, investigadores y literatos han tendido a concentrar sus esfuerzos en función de las efemérides expuestas. El resultado de tal práctica es evidente: todavía a inicios del siglo XXI, la Campaña Nacional es más un territorio de la memoria —la oficialmente construida— que de la historia o la literatura.

A inicios del siglo XXI, no existe una novela costarricense que tenga por eje o escenario la guerra de 1856-1857,¹²⁰ ni un apropiado estudio social y cultural de ese conflicto. Ciertamente, se conoce mejor el contexto y cómo la lucha contra Walker fue utilizada por los políticos e intelectuales liberales a finales del siglo XIX; pero la Campaña como tal todavía espera ser objeto de un análisis profundo y detallado que aborde sus diversas dimensiones y sus complejas conexiones. Tal vez para la conmemoración del bicentenario la sociedad costarricense disponga de obras históricas y literarias sobre la Campaña que superen ampliamente a las que existen actualmente.

Por último, conviene destacar que, al igual que otros ejes temáticos del pasado costarricense (la experiencia bananera o las condiciones de vida de los trabajadores urbanos), la Campaña Nacional podría convertirse, a futuro, en un punto de encuentro privilegiado de historiadores, otros investigadores sociales, creadores literarios, artistas y estudiosos de la literatura y el arte.¹²¹ Si así ocurre, la Campaña podría redefinir, de manera decisiva, su posición y sus funciones en el imaginario nacional, en sentidos y direcciones cuyo alcance no es posible vislumbrar aún. Recuperar en toda su complejidad el pasado de la Campaña es esencial para garantizarle un futuro.

120 Para una conclusión similar, véase: Bonilla, Abelardo, *Historia de la literatura costarricense* (San José, Trejos, 1957), p. 1.

121 El artista Carlos Aguilar dio a conocer en el 2006 una serie de pinturas inspiradas en la Campaña, colección que, por sus características, constituye una iniciativa novedosa en la plástica costarricense. Hay una muestra de esas obras en: *Umbral. Revista del Colegio de Licenciados y Profesores en Letras, Filosofía, Ciencias y Artes*. San José, 2do. semestre (2006); y en Hilje, Luko, *De cuando la patria ardió* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007). El pintor Luis Vásquez Mora tuvo una iniciativa similar: "Visita guiada", *Áncora. La Nación*, 23 de setiembre del 2007. p. 10.

Campaña Nacional y memoria conmemorativa. Un análisis historiográfico

David Díaz Arias

"A medida que transcurren los años, todo hombre está obligado a sobrellevar la creciente carga de su memoria. Dos me agobiaban, confundiéndose a veces: la mía y la del otro, incomunicable".

Jorge Luis Borges, *La memoria de Shakespeare*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo analiza las tres principales propuestas de estudio de la invención-formación —depende de la perspectiva— de la identidad nacional costarricense que se han desarrollado en los últimos lustros. Mi interés radica en mostrar los argumentos fundamentales de esos estudios, concentrándome en el papel que cada uno de ellos asigna a la Campaña Nacional de 1856-1857 en la invención de esa nacionalidad. Este tema me ha parecido fundamental porque, como trataré de demostrar, las tres corrientes estudiadas, de una u otra forma, al construir sus argumentos, proponen a su vez una interpretación del rol de la memoria de la guerra antifilibustera en ese proceso. Lo más interesante es que las propuestas tienden a dialogar entre ellas en formas, a veces, diametralmente opuestas.

Así, el artículo comienza con los hallazgos pioneros de Steven Palmer y las raíces de su formulación, que se convierten a su vez en las fuentes de la discusión moderna sobre la invención de la nacionalidad costarricense.¹ Luego, intento precisar

1 Por estudios modernos de la nación, me refiero a la perspectiva analítica que concibe a la nacionalidad como una invención cultural que es producida por elites políticas e intelectuales en la modernidad. La fórmula explicativa consiste en considerar a los estados y a los movimientos nacionalistas como constructores de la nación y no al revés. Sigue siendo muy útil para el

las críticas de Víctor Hugo Acuña a la propuesta de Palmer y la forma en que dichas críticas provocan a su vez preguntas sobre los argumentos centrales de Acuña. Finalmente, analizo y trato de mostrar las debilidades de la revaloración de la tesis "tradicional" acerca de la formación de la nacionalidad costarricense, defendida y profundizada por Juan Rafael Quesada Camacho. Como se verá, este artículo parte de las principales formulaciones de Palmer y a partir de ellas se le hacen cuestionamientos y críticas a las siguientes propuestas. He escogido ese camino no solo porque los planteamientos de Palmer continúan teniendo validez, sino porque siguen provocando nuevas preguntas acerca de la temática de la identidad nacional y la memoria de la Campaña Nacional. Pienso que, de esa manera, también se construye el diálogo original que ata a los otros estudios, es decir, el haber sido concebidos a partir de cuestionamientos a los ejes del trabajo de Palmer. Asimismo, mi propuesta proviene de un marco teórico-analítico ligado a la relación existente entre la invención de la identidad nacional, la memoria colectiva y las ceremonias conmemorativas.²

Los supuestos básicos de la visión teórica de la que parto, tienden a observar la construcción de la memoria colectiva como un elemento central en la invención de la nacionalidad. El nudo de ese proceso es la formación de representaciones. De acuerdo con Víctor Turner,³ existe, en el interior del comportamiento social, una referencia a los mitos originales que trasciende la conciencia de la acción de los actores y que se activa

esclarecimiento de esa discusión, el trabajo de: Smith, Anthony, *The Ethnic Origins of Nation* (Massachusetts: Blackwell Publishers, 1988), pp. 7-12.

- 2 Una discusión amplia y profunda de ese marco teórico en el que me muevo se puede encontrar en: Díaz Arias, David, "Memoria colectiva y ceremonias conmemorativas. Una aproximación teórica", *Diálogos: Revista Electrónica de historia* (Universidad de Costa Rica), Vol. 7, No. 2 (setiembre del 2006-febrero del 2007) [<http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/dialogos.htm>].
- 3 Turner, Víctor, "Hidalgo: History as Social Drama", en: *idem, Dramas, Fields, and Metaphors. Symbolic Action in Human Society* (New York: Cornell University Press, 1974), pp. 98-155.

en ciertos momentos —de agitación fundamentalmente. Turner llama a ese tipo de referencias “representaciones colectivas”. Al trascender la conciencia de acción de los actores, las representaciones colectivas alcanzan a recrear elementos compartidos socialmente y a precisar el “guión” —la trama— del movimiento histórico-social en que los individuos están participando. Son, en ese sentido, una recreación consciente, preconsciente o inconsciente, del mito de la victoria y de la muerte aprendido durante la niñez y puesto en práctica en el escenario social y político. Las representaciones colectivas son así una fuerza que impulsa a la repetición del “guión” mítico que, según la tradición, describe la forma en que debe ocurrir el proceso de transformación social. Por ello, en buena medida, esas representaciones colectivas son capaces de articular imágenes, espacios y tiempos que estimulan la creación de lo que Turner llama un *drama social*.

En este punto, la fundación de esa correlación entre los actores del proceso y los papeles asignados por el mito, se convierte en propulsora de la relación futura entre los símbolos, el drama social y la política. En otras palabras, en momentos de un proceso de cambio y movilización social, se acumula una representación simbólica que en el futuro será fundamental en la articulación de cualquier otro movimiento parecido en esa sociedad dada, de sus actores y de su “guión”. Pero al mismo tiempo, cada una de las etapas en las que esa representación se activa, adquiere su propia historicidad y, por tanto, su particularidad. Finalmente, señala Turner, las acciones políticas sociales e individuales estarán marcadas por esas representaciones simbólicas que le han dado fundación al drama social.⁴

Las raíces de la representación social de Turner se pueden ubicar en Emile Durkheim. Durkheim indica la imposibilidad de un grupo de autodefinirse o siquiera existir sin prestar atención a la forma en que se representa. Por ello, en la búsqueda de su definición, los grupos construyen imágenes de sí mismos y

4 *Ibid.*, pp. 123-154.

de sus creencias, hasta definir emblemas materiales de su identidad. La sentencia de Durkheim al respecto es imprescindible: "En una forma general, un sentimiento colectivo puede llegar a ser consiente de sí mismo solamente al ser fijado sobre el objeto material".⁵ No es ocioso decir que, basados en Durkheim, los objetos materiales contruidos para la representación del sentimiento colectivo de un grupo son selecciones de su propia autorepresentación. Su capacidad de volverse viables como instrumentos de conciencia materiales reside en esa característica de otorgar significado a sus prácticas a partir de la recreación del mundo en el que se producen. Entre esos objetos y acciones que intentan representar lo social se encuentran los monumentos y las ceremonias conmemorativas que, como se puede advertir, son los cimientos públicos de la representación del recuerdo social vivido e interpretado por la sociedad que lo construye cotidianamente. Son, en ese sentido, representaciones de la memoria colectiva.

Es reconocido que fue el sociólogo francés Maurice Halbwachs el primero en utilizar el término memoria colectiva de una forma recurrente y con deseos de precisión teórica, aunque hay que anotar que el historiador del arte Aby Warburg también lo empleó casi en perpendicularidad con Halbwachs.⁶ Partiendo de Durkheim, Halbwachs considera la memoria como una construcción que se lleva adelante gracias a la relación entre el individuo y el grupo en el que se integra. Sí, es en el interior de lo que Halbwachs llama *cuadros sociales* —como el lenguaje, el tiempo y el espacio— en donde los individuos pueden llevar adelante la construcción del recuerdo. Así, los individuos articulan su memoria en función de su pertenencia a grupos sociales determinados —la familia, la religión, la clase social— dentro de los cuales los recuerdos adquieren

5 Durkheim, Emile, *The Elementary Forms of Religious Life* (New York: Free Press, 1965).

6 Assmann, Jan, "Collective Memory and Cultural Identity", en: *New German Critique*, No. 65 (Spring-Summer, 1995), pp. 125-133.

significado. Para recordar, el individuo necesita de otros individuos, necesita construir relaciones sociales. Lejos de ellas, el recuerdo no se puede articular, explicándose el olvido como la desaparición de estos marcos sociales o de parte de ellos. Y las memorias construidas dentro de esos grupos no se excluyen, sino que se sobreponen y mezclan. Visto así, la memoria individual viene a ser una creación social.⁷ La particularidad de la memoria nacional consiste en ese sentido en ser la representación oficial del recuerdo social compartido.

Empero, no se deben tomar estas afirmaciones como axiomas que intentan reducir la voluntad del recuerdo del individuo al marco social en el que se producen. La noción de grupo en los trabajos de Halbwachs apunta en una dirección menos jerárquica, al concebir que las posibilidades de construcción de la memoria colectiva se dan en distintos niveles de lo social. Tampoco debería suponerse que lo social está separado de lo individual como si fuese una entidad. Al contrario, con la visión de la memoria colectiva como un tipo de representaciones que se dan en grupos distintos a la vez y no de forma excluyente, llegamos a un punto en el que la relación entre lo social y la experiencia individual se vuelve fundamental para la construcción del recuerdo. Justo ese punto es el que le da libertades al individuo en su recuerdo, pero siempre dentro de un marco social. Visto así, lo colectivo se encuentra en ese flujo de representaciones individuales-grupales y las posibilidades de combinación entre ellas. Eso nos da la posibilidad de observar la invención nacional no solo como un proceso de construcción hegemónica, sino como un espacio de lucha en la construcción del recuerdo. Tal constatación es importante para problematizar los principales hallazgos de los estudios de la invención de la identidad nacional costarricense que se analizan a continuación y el papel que en ellos se asigna a la Campaña Nacional de 1856-1857.

7 Halbwachs, Maurice, *Les Cadres Sociaux de la Mémoire* (New York: Arno Press, 1975 [c1925]) e ídem, *On Collective Memory* (Chicago: University of Chicago Press, 1992 [1950]).

LA GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS COMO EJE DE LA IDENTIDAD NACIONAL

La visión analítica que entiende a la identidad nacional costarricense como una construcción cultural inició, como se ha indicado en varias ocasiones, con la tesis doctoral del historiador canadiense Steven Palmer; una disertación presentada en Columbia University (Nueva York) en 1990.⁸ Es justo indicar que si se toma en cuenta la fecha en que Palmer defendió su tesis, su trabajo puede ser considerado a su vez uno de los intentos pioneros por explicar la nación como un proceso de construcción político-cultural; intento temprano tanto en los estudios de historia latinoamericana en Estados Unidos como en América Latina. El estudio de Palmer parte de la teoría de comunidad imaginada de Anderson,⁹ complementada con los trabajos sobre ideología de Raymond Williams¹⁰ y aquellos sobre hegemonía expuestos por varios autores inspirados por Antonio Gramsci.¹¹ A partir de los postulados de esos estudios, un joven Steven Palmer se acercó a los textos clásicos de la historia costarricense y comenzó su crítica en contra de ellos más o menos hacia el año 1987:

“...comencé a buscar la nación costarricense en los textos liberales recopilados en la antología [de Eugenio Rodríguez, *El pensamiento liberal: antología*] y honestamente no la pude encontrar, al menos no en forma clara, aunque encontré unos cuantos fragmentos de una imagen que se fundían en el último tercio del siglo XIX. De nuevo esto iba en contra de la sabiduría aceptada en los libros que tenía sobre

8 Palmer, Steven, “A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica” (New York: Ph.D. Dissertation, Columbia University, 1990).

9 Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (London: Verso, 1991), pp. 6-7.

10 Williams, Raymond, *Marxism and Literature* (New York: Oxford University Press, 1977).

11 Gramsci, Antonio, *Selections from the Prison Notebooks* (New York: Internacional Publishers, 1971).

mi mesa de noche, en todos los cuales se insistía que ya a finales del siglo XVIII se había forjado un nacionalismo costarricense, fuerte y coherente. Me convencí de que esto era un error..."¹²

La crítica de Palmer se enfocaría entonces en varios trabajos que habían sido escritos entre las décadas de 1960 y 1970, y cuyos principales postulados acerca de la forja de la identidad nacional costarricense eran en gran medida aceptados en la década de 1980. En el centro de tal crítica estaba el estudio de José Luis Vega Carballo,¹³ cuyas principales hipótesis —a pesar de su evidente falta de rigurosidad histórica— aparecían en esos años como lo más cercano a una historia del poder de tipo no tradicional y, con base en ello, parecían válidas y científicas. El dictamen de Palmer acerca de esta perspectiva era elocuente y rotundo:

"Esta manera de entender la nación costarricense tiene algunas consecuencias bastante serias, dos de ellas tal vez más graves que otras. Primero, la nación se presenta como básicamente pre-política, una auténtica identidad colectiva que ha expresado su esencia única, como el *Volksgeist* de Herder, dentro de las instituciones costarricenses, dándoles un carácter no-ideológico. Relacionado con esto, aunque el fortalecimiento de la conciencia nacional está visto como un elemento importante para lograr el consenso social dentro de un sistema de dominación, el nacionalismo no se conceptúa en sí mismo como un discurso ideológico dirigido por el grupo dominante para constituir una subjetividad subordinada, sino como la expresión de una realidad compartida que aglutina a una sociedad desigual".¹⁴

A pesar de que el estudio de Palmer involucra más elementos, me concentraré en lo que podría considerarse el eje

12 Palmer, Steven, "Siete aproximaciones al estudio de Costa Rica", en: Marc Edelman (et al.), *Ciencia Social en Costa Rica. Experiencias de vida e investigación* (San José: EUCR; Heredia: EUNA, 1998), p. 76.

13 Vega Carballo, José Luis, *Orden y progreso: la formación del Estado Nacional en Costa Rica* (San José, Costa Rica: ICAP 1981).

14 Palmer, Steven, "Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica, 1848-1900", en: Molina, Iván y Palmer, Steven (editores), *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (San José: EUNED, 2004), p. 265. La cursiva es del original. Voy a citar esta actualización de este ya clásico artículo y no el publicado en 1993.

de su tesis: la recuperación de la guerra contra los filibusteros de 1856-1857 por parte de los políticos liberales costarricenses de finales del siglo XIX y la invención como héroe nacional de Juan Santamaría. ¿Invención? En efecto, este es uno de los conceptos fundamentales de ese trabajo. Invención que no es entendida por Palmer en el sentido de crear desde la imaginación personajes y hechos que nunca existieron históricamente o nunca se produjeron —algo en realidad sencillo de demostrar en su falsedad por un historiador—, sino invención como proceso de fabricación cultural de imágenes y discursos de hechos reales que buscan construir representaciones de una comunidad que será el producto final de tales representaciones. Palmer precisó el problema así:

“El problema que nos enfrenta, y que debería ser familiar a cualquier estudioso del nacionalismo, es que estos elementos de homogeneidad fueron los que eventualmente coadyuvaban a hacer posible la proyección de una idea de la nación coherente y atractiva; pero vistos retrospectivamente por el investigador (o el ideólogo nacionalista), son considerados el *haber sido* la nación. La pregunta propiamente histórica sigue siendo cuándo llegó a existir en Costa Rica una imagen ampliamente compartida de la comunidad política moldeada en términos nacionales”.¹⁵

En contraste con la visión historiográfica predominante que concebía a la identidad nacional como algo que se construye en la larga duración, idea que venía de la concepción que hizo de estos fenómenos la Escuela de Annales,¹⁶ Palmer la enmarcó en un proceso de corta duración. Así, la hipótesis que volvería radicalmente diferente su planteamiento en comparación con los estudios que criticaba, consistía en apuntar que tal proceso —la invención nacional— ocurrirá en el último cuarto

15 *Ibid.*, p. 267.

16 Esa es justo la premisa temporal de Pierre Vilar al identificar a la identidad nacional como un “hecho de masas”. Vilar, Pierre, *Introducción al vocabulario del análisis histórico* (Barcelona, Editorial Crítica, 1980), p. 43. El trabajo de Fernand Braudel que intentó con más ahínco seguir esa visión fue: Braudel, Fernand, *La identidad de Francia*, 2 volúmenes (Barcelona: Gedisa, 1993).

del siglo XIX, cuando los políticos liberales costarricenses, con un celo mesiánico apabullante, rescataron la lucha que los costarricenses habían tenido contra los filibusteros en 1856-1857, la redujeron a dos momentos principales (Santa Rosa y Rivas) y la convirtieron en la guerra de independencia de Costa Rica. Junto a ese proceso, se produciría la revelación de la identidad del soldado desconocido, es decir, la modelación de Juan Santamaría como héroe nacional. Palmer argumentó que el proceso inició en 1885 en un contexto de enfrentamiento político-discursivo promovido por la idea del dictador guatemalteco Justo Rufino Barrios de reedificar, a la fuerza, la extinta Federación Centroamericana. De acuerdo con Palmer, justo en el momento en que los políticos costarricenses se empeñaban en llevar adelante una movilización popular contra la amenaza guatemalteca, apareció la figura de Juan Santamaría en la prensa nacional junto con un fuerte discurso nacionalista. Este discurso tendió a aumentar en los siguientes años y a consolidarse en la esfera pública conforme se hacía más evidente su capacidad identificadora para con el Estado y el proyecto secular que los políticos liberales estaban emprendiendo.

La guerra contra los filibusteros, según esta visión, cambiaría de estatus por efecto de esa funcionalidad nacionalista. Cabe advertir aquí que para Palmer, la presencia de referencias anteriores a esta guerra o de términos como nacionalidad y nación, deben ser considerados no como expresiones de una identidad ya moldeada, sino como protonacionalismos de distintos tipos. Esto cambia en la década de 1880. Así, al relativo silencio de 25 años que se había experimentado después del fusilamiento de Mora Porras, le sucedió un fuerte interés por explorar —en el nivel discursivo e historiográfico— la llamada Campaña Nacional. La fundación del Archivo Nacional (1881) y la publicación —a través de la prensa— de artículos sobre la lucha antifilibustera serán el combustible que alimentará el motor nacionalista liberal costarricense. Basado en este cambio cualitativo y cuantitativo, Palmer argumentó:

"Sólo después de 1885 y, sobre todo, después de que se la vinculó con la recuperada figura de Juan Santamaría, llegó a ser la Campaña la pieza central de la historia republicana de Costa Rica, su guerra de independencia suplente... En síntesis, la fundación del Archivo Nacional suministró a los intelectuales y políticos liberales las fuentes necesarias para representar una antigua comunidad política, que se extendía atrás hasta la época de Colón, llenando un vacío casi total en su conocimiento histórico de los hechos ocurridos en Costa Rica antes de 1821. Sobre esta base, podían elaborar una historia de la república que... encontró tanto su culminación como su punto de origen en la guerra de 1856-1857 contra Walker. Puesto que la Campaña Nacional llegó a ser celebrada el 15 de setiembre, sirvió como una guerra de independencia (un origen) y una lucha para proteger una soberanía ya establecida. El acto heroico de Santamaría, entonces, representaba a la vez un antiguo anhelo costarricense para la realización nacional (que nunca había existido), y una demostración de una plenamente florecida conciencia nacional entre las clases populares (que no existía en 1856, y que fue precisamente lo que el mito de Santamaría intentó crear)".¹⁷

La cúspide, si se quiere llamarla así, de esta recuperación y de la beatificación de Santamaría ocurrirá en la década de 1890. La inauguración de la estatua de Juan Santamaría en Alajuela (1891) y el Monumento Nacional en San José (1895), constituyeron los momentos públicos más importantes de la celebración de ese discurso del pasado que se había estado construyendo al final de la década de 1880. Santamaría se constituirá así en el modelo del ciudadano que muere en el extranjero defendiendo la institucionalidad del país y que representa en su imagen a las clases populares costarricenses.

Si se presta atención a este breve resumen de las principales tesis de Palmer sobre la recuperación de la Campaña Nacional, se puede notar el papel central que adquiere el pasado en el proceso de construcción nacional descrito. La estrategia de nacionalización popular consiste, en un primer momento, en la recuperación-creación de ese pasado grandioso basado en la guerra contra los filibusteros. La constitución de la Campaña

17 *Ibid.*, pp. 293-294.

Nacional, sus batallas y su héroe —como eje central de tal proceso de invención nacional— adquieren consistencia gracias a esa creación de representaciones sobre el pasado que se hacen desde la sociedad presente. En ese sentido, aunque el tipo de teoría de Palmer no lo explicita ni tampoco se basa en los principales teóricos al respecto, existe una conexión clara entre su razonamiento y el estudio de la memoria desde la historia según la he propuesto atrás. Es decir, no hay que forzar demasiado los argumentos de Palmer como para poder afirmar, con base en ellos, que la recuperación de la Campaña Nacional en el final del siglo XIX dependió a su vez de una selección del pasado rescatado, de sus personajes y hechos y del tipo de discurso de representación que se le dio en el presente. Palmer intenta corporizar esas representaciones, al cerrar su trabajo con breves referencias a las inauguraciones de las estatuas relacionadas con la Campaña Nacional en la década de 1890. En ese sentido, una buena parte de su argumento depende de que esas estatuas estuviesen expresando la concreción no solo de la recuperación de la guerra contra los filibusteros, sino también de la comunidad imaginada. Sin embargo, el estudio de Palmer no atraviesa la puerta de análisis ritual como para poder advertir la forma en que las fiestas relacionadas con la Campaña Nacional expresan y construyen una memoria conmemorativa. La crítica a Palmer que origina un nuevo argumento interpretativo y una recuperación de uno añejo, parte de esa constatación de la memoria como fundamento analítico.

IDENTIDAD TEMPRANA Y MEMORIA HISTORIOGRÁFICA

Los argumentos de Palmer tienen como eje central su cronología. En efecto, se basan en que la invención nacional ocurre únicamente al final del siglo XIX, en un contexto de reforma liberal, de afianzamiento de las instituciones y poder del Estado costarricense y como parte de un proceso de integración popular en torno a ese proyecto. La Campaña Nacional es la pieza central de ese eje. La crítica posterior que se ha desarrollado a la propuesta de Palmer, emprendida fundamentalmente por Víctor Hugo Acuña, tiene como particularidad la negación tanto de la cronología propuesta por Palmer, como del papel fundamental de la recuperación de la Campaña Nacional en el proyecto de invención nacional.

Acuña ha desarrollado su interpretación en varios artículos; pero es posible precisarla claramente en uno de ellos.¹⁸ Así, aunque Acuña parte de un marco teórico parecido al de Palmer, se produce una transformación en cuanto a la precisión de la relación entre el Estado y la nación. Si en Palmer el primero es el creador de la segunda, en Acuña esto no es tan claro. Más bien, su visión es que la construcción de las etiquetas sobre la diferencia costarricense se produjo en forma paralela a la construcción del Estado. Esta posición altera de forma irremediable la cronología de Palmer:

“...se puede sugerir la hipótesis que el proceso de definición de las particularidades de Costa Rica tiene su punto de partida en el contexto de apertura política iniciado por las Cortes de Cádiz y expresa las relaciones conflictivas con Guatemala y con Nicaragua y la pretensión de alcanzar una mayor autonomía frente a esos poderes... Así, se puede afirmar que antes de la independencia empezó a formarse una imagen de cierta peculiaridad de la provincia de Costa Rica”.¹⁹

18 Acuña Ortega, Víctor Hugo, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, en: *Revista de Historia*, No. 45 (enero-junio del 2002), pp. 191-228.

19 *Ibid*, p. 195.

En este punto, el distanciamiento con las ideas de Palmer, a pesar de mantenerse en la visión de que la identidad es una construcción, se vuelve más radical. Algunas de las etiquetas identitarias que con posterioridad le darán forma a la imagen de Costa Rica como nación, según la visión de Acuña, se precisarán en la coyuntura de la independencia, en un periodo ubicado entre 1821 y 1823. Así, aunque las elites políticas reconocían que su país no era viable como estado-nación aparte, sí aspiraban a una autonomía política y religiosa, especialmente frente a Nicaragua, y la paz que se aseguró en la transición de la emancipación se sobrepuso como un atributo básico de esa particularidad. Tan temprano como en 1822 la primera Junta Superior Gubernativa aseguraba que la perpetuación de la paz era "como innata y adherente" a Costa Rica, lo cual caracterizaba a la provincia en comparación con sus vecinos. Muy pronto, hacia 1824, la imagen de Costa Rica en contraposición con Nicaragua fue explotada por la tercera Junta Superior para apaciguar los ánimos localistas que no se apagaban.²⁰

Según esta propuesta, durante la primera década de vida independiente este discurso que particularizaba a Costa Rica dentro de Centroamérica tendió a fortificarse. Al inspeccionar discursos oficiales, Acuña indica que en ellos la recurrencia a la paz, el orden, la legalidad, la armonía, la prudencia y la neutralidad frente a los conflictos del área, así como la imagen de tierra de refugio para los que huían de la discordia, se volvieron las imágenes corrientes en los discursos de los políticos costarricenses. En el primer lustro de la década de 1830, estas etiquetas fueron fortificadas con un nuevo elemento: la explicación de la historia de Costa Rica a partir de la idea de progreso que se asociaba a la índole laboriosa de su población.²¹ La idea de progreso se representará no solo en la calma política y en el avance hacia la organización del Estado, también lo

20 *Ibid.*, pp. 195-201.

21 *Ibid.*, pp. 201-204.

hará comparando a la sociedad independiente con la colonial. Asimismo, aparecerá en esta década otro de los rasgos destinados a tener más larga vida en el imaginario identitario del país, atributo que Acuña encuentra expuesto en el semanario *La Tertulia* en 1834: "El Pueblo Costarricense es compuesto en su totalidad de propietarios en pequeño o en grande".²² De esa forma, aunque latente —y fuerte— el sentimiento localista, las elites políticas de las ciudades principales del Valle Central compartían una cierta imagen sobre su comunidad política que se confunde en este argumento con la imagen sobre su Estado. Finalmente, Acuña arguye que la representación de los costarricenses como una sociedad homogénea, así como su carácter europeo y blanco, comenzará a generalizarse a mediados del siglo XIX.

¿Qué pasa con el papel de la guerra contra los filibusteros dentro de esta argumentación? Queda reducida a su momento (1856-1857) y es identificada como un "fundamento psicológico" con el cual las elites costarricenses constataron que su país era una nación viable.²³ La marcada relevancia dada por Palmer a la recuperación hecha por los políticos liberales al final del siglo XIX, deja de ser importante si el argumento es que los atributos de identidad ya se habían definido con anterioridad y que la guerra únicamente propició una seguridad ante el futuro de la nación. Esto queda claro en una de las argumentaciones finales de Acuña:

"La imagen de Costa Rica se construyó en el espejo de Centro América en los primeros 50 años de vida independiente, simultáneamente con la formación del Estado. De este modo, se puede decir que los liberales, antes que fabricar una visión de la nación, lo que hicieron fue vulgarizar entre la masa del pueblo, una serie de representaciones ya elaboradas en el seno de las elites antes de 1870. En el periodo liberal, solo se agregó el mito de 'más maestros que soldados'; se subrayó la ideología racial del carácter europeo

22 *Ibid.*, p. 204.

23 *Ibid.*, p. 211.

o blanco de su población y, sobre todo, se apeló a la democracia como rasgo definitorio de la nacionalidad costarricense y se abandonó definitivamente la ilusión de resucitar la Federación Centroamericana.²⁴

La concentración en el periodo 1810-1870, al apartarse de la cronología de la Costa Rica liberal y concentrarse en la exploración de las representaciones discursivas acerca de cómo los políticos de ese periodo comenzaron a construir el imaginario de su nación, si bien adhiere al estudio de la nacionalidad una nueva problemática, no logra definir en qué momento y en qué sentido tales imágenes trascendieron el complicado contexto de heterogeneidad de identidades coloniales y cuándo fueron compartidas por la población en general. Por eso, es necesario determinar en qué medida ese discurso de autorepresentación podría haber enfrentado las identidades heredadas del periodo colonial, no solo de tipo localista sino étnico. Aunque la investigación colonial costarricense no ha trabajado de forma precisa las identidades étnicas coloniales, es claro que fueron fundamentales en los procesos de representación social, a pesar de la conformación de una cultura compartida en el Valle Central en el ocaso del periodo colonial, y que dichas identidades siguieron siendo importantes en las décadas posteriores a la independencia.²⁵ ¿Cuándo dejaron de serlo y se difundió la idea de una Costa Rica blanca y de origen europeo?

Otro asunto que queda en el debate —y que es fundamental considerando su peso en el llamado a la lucha contra los filibusteros en 1856-1857— es la religión y el tipo de representaciones sociales que promovía en el siglo XIX. Tampoco se advierte por qué, de repente, las elites costarricenses que se hicieron

24 *Ibid.*, p. 218.

25 Molina Jiménez, Iván, "Culturas e identidades en la Costa Rica colonial. Algunas notas preliminares", en: *Tópicos del Humanismo* (Heredia), No. 95 (junio del 2003). Véase, además: Soto, Ronald y Díaz, David, "Mestizaje, indígenas, e identidad nacional en Centroamérica. De la colonia a las repúblicas liberales", *Cuadernos de Ciencias Sociales*. No. 143 (San José: FLACSO, 2007), primera parte.

con el poder político después de la independencia construyeron tales imágenes y cuál es su especificidad en este proceso con respecto a las otras elites independentistas latinoamericanas. ¿Por qué podemos considerar a Costa Rica como particular en ese sentido, si todas las elites políticas e intelectuales de los demás países latinoamericanos desarrollaron —en un periodo parecido— intentos por construir etiquetas particulares sobre la identidad de sus nacientes estados a nivel discursivo frente a sus vecinos?²⁶

El modelo orgánico, de análisis hegemonía-dominación-ideología tan claro en el esquema de Palmer, pierde en esta oportunidad su capacidad explicativa. ¿Podemos hablar de una nación que se construye en perpendicularidad con el Estado? Por otro lado, ¿cuáles son las elites políticas que llevan adelante esa construcción de imágenes sobre Costa Rica? ¿Es este un proceso que se ejecuta en las ciudades del Valle Central en general o pertenece a algún proyecto político específico, digamos de un sector de la elite josefina cuyos discursos en procura de diferenciar a Costa Rica de Centroamérica estaban más bien dirigidos a neutralizar los reclamos localistas de sus contrapartes de Cartago, Heredia y Alajuela? Si ese fuese el caso, habrá que reevaluar la hipótesis acerca del regionalismo propuesta por Acuña en su trabajo.

Esta argumentación no explica la relación y la operatividad de la memoria dentro de esa representación. Acuña ha tratado de subsanar esta última cuestión en un análisis sobre la historiografía de la guerra contra los filibusteros en Costa Rica y Nicaragua. Sus comentarios al respecto son muy sugerentes:

“El cotejo entre la memoria nicaragüense y la memoria costarricense de la guerra contra los filibusteros permite acercarse por una vía indirecta a la cuestión de cómo ambos países se han

26 Ver al respecto los ensayos reunidos en: Castro-Klarén, Sara y Chaspeen, John Charles (editores), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2003).

construido como estados y se han inventado como naciones. Así la memoria costarricense de la guerra es una memoria de la buena conciencia y de la autocomplacencia que proyecta una imagen nacional integrada; mientras que la memoria nicaragüense es una memoria de la mala conciencia o, quizás, una memoria de la culpa, que proyecta una imagen nacional desgarrada. En fin, la memoria estadounidense es más propiamente una forma de olvido y una persistente incomprensión de quienes fueron las víctimas de aquella historia".²⁷

Dentro de esta perspectiva, pareciera advertirse que la forma en que se ha construido la memoria de la lucha en el caso de Costa Rica, corresponde más a la imagen de identidad nacional —es una especie de reflejo de ella— que al papel definitorio de la nación que le confió Palmer. El distanciamiento del análisis de Acuña del de Palmer está, como se ve, más adherido a una diferencia en la interpretación del papel jugado por la Campaña Nacional en la invención nacional que en la perspectiva teórica. La memoria costarricense sobre la Campaña Nacional, a pesar de que se muestra fundamental, está atada a la forma en que se ha modelado la nación y no a su capacidad de modelar representaciones colectivas —siguiendo el esquema de Turner—. Queda la duda, desde mi esquema teórico, de si el espacio de definición más importante de esas representaciones está en la construcción popular de memorias sobre la Campaña Nacional o en la constatación-narración historiográfica de dicho evento. Por otro lado, esta visión del papel de la memoria de la Campaña Nacional dentro de la identidad nacional, deja en la palestra de la discusión el hecho de que efectivamente fueron los liberales finiseculares los que construyeron el recuerdo de ese acontecimiento. ¿Cómo se concilia esto último con la idea de una identidad nacional temprana? Tal asunto se vuelve más problemático aún en el último caso analítico al que quiero referirme: la visión de Juan Rafael Quesada Camacho.

27 Acuña, Víctor Hugo, "Vertientes del recuerdo: Nicaragua, Walker y Costa Rica (siglos XIX-XXI)", inédito, pp. 20-21.

Antes de desarrollar las principales ideas de Quesada Camacho, conviene, al final de esta parte, dar crédito y hacer justicia con la primera persona que planteó la idea de la construcción temprana de una particularidad nacional costarricense: la historiadora Ileana Muñoz García. Efectivamente, en su tesis de maestría en historia presentada en 1988 y publicada en el 2002 como un homenaje póstumo, Muñoz ya había planteado la mayoría de argumentos relacionados con el interés de las elites costarricenses posteriores a la independencia en identificar y particularizar a su país a partir de un conjunto de etiquetas y en oposición clara frente a Centroamérica.²⁸ Mediante la lectura de varios discursos oficiales y de los Mensajes Presidenciales, Muñoz apunta que en las décadas posteriores a la independencia, los gobernantes costarricenses elaboraron un discurso de particularidad nacional que giraba en torno a ejes como la legalidad y el respeto al ordenamiento jurídico, la defensa de las libertades individuales, la tranquilidad interna producida por el éxito en la organización política y el "espíritu" de los pobladores del país, el contraste entre la sociedad costarricense y las demás naciones centroamericanas y la promesa de civilización y progreso.²⁹ Muñoz incluso afirma que el

"acento que pone el discurso estatal en la paz como particularidad del Estado de Costa Rica, se mantiene a pesar de las luchas políticas que registra este periodo. Además de fortalecer la imagen del gobierno costarricense, esta estrategia permite ir señalando una diferenciación de nuestra sociedad con el resto de Centro América, y a partir de ahí ir sentando las bases de una nacionalidad... La 'tranquilidad' interna y externa se proclama constantemente a pesar de los levantamientos políticos y de la campaña del 56. Para sustentar el orden y la paz, dos recursos son de fundamental importancia: el contraste con Centroamérica como forma de minimizar el peso de los disturbios internos, y el

28 Muñoz García, Ileana, *Educación y régimen municipal en Costa Rica 1821-1882* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002).

29 *Ibid.*, pp. 17-18.

enunciado de 'neutralidad' como norma en cuanto a la conducta externa".³⁰

Muñoz no solo constata la creación de ese discurso y lo ejemplifica a través de múltiples citas. Para rematar, ella también identifica el cambio que desde su perspectiva ocurría en las décadas de 1870 y 1880, apuntando que la retórica educativa de esos años

"es parte de todo un fenómeno... de resaltar las particularidades del caso costarricense. Es de este modo que se resalta la tranquilidad interna, la población homogénea, la 'admirable' división de la propiedad, y el papel de la enseñanza. Es así como parte de los grandes mitos que nutren la mente de los costarricenses en la actualidad tienen sus raíces en el discurso político de estos años... El lema de más maestros que soldados, importante mecanismo de legitimación tanto en el presente como en el pasado, se articula precisamente en la década de 1880..."³¹

Con base en esto, es posible decir que hacia 1988 Muñoz ya había identificado las variantes en la construcción del discurso histórico de la particularidad costarricense entre 1812 y 1870. En su estudio sobre la educación en ese periodo, ella visualiza y señala el interés por modelar esas representaciones asociadas posteriormente con la nación. No obstante, el marco teórico e interpretativo en el que Muñoz basa su análisis, profundamente dependiente de las tesis de Gregorio Weinberg sobre el desarrollo de los modelos educativos en Latinoamérica,³² no le permite avanzar más allá de la identificación de ese discurso de particularidad. Muñoz sí tiene claro que ese discurso forma parte de un proceso histórico de construcción hegemónica, pero no puede vislumbrar las variantes de su artificialidad ni tampoco su programación dentro de una construcción cultural. Así, ella quedó a un paso teórico, analítico y temático —el que

30 *Ibid.*, pp. 20-21 y 27-28.

31 *Ibid.*, pp. 50-51.

32 Weinberg, Gregorio, *Modelos educativos en América Latina* (Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1984).

estaba dando Palmer justo en esos mismos años— por descubrir el proceso de invención de la nación costarricense. ¿Por qué ha sido tan ignorado entonces su trabajo hasta la fecha por todos los que han estudiado esa problemática? Muy probablemente la temprana muerte de Muñoz y la escasa difusión de su estudio en el período 1988-2002, se convirtieron en los factores que invisibilizaron los hallazgos de sus análisis. Así, aunque al estudio de Muñoz se le pueden señalar todas las dudas apuntadas al trabajo de Acuña, conviene no seguir contribuyendo con su invisibilización y situarlo en el lugar que le corresponde en esta discusión.³³

LA NACIONALIDAD COMO UNA PRODUCCIÓN NATURAL DE LA LARGA DURACIÓN

La perspectiva de larga duración en el estudio de la invención nacional de Acuña, que contrasta con la de corta duración propuesta por Palmer, es más o menos retomada, pero alterada en su interpretación, en un trabajo de Juan Rafael Quesada acerca de la nacionalidad costarricense y la Campaña Nacional.³⁴ En un estudio sobre el *Clarín patriótico*, un libro que recogía la producción poética que por efecto de la guerra contra los filibusteros se escribió en Costa Rica a propósito de dicha lucha, Quesada expone un argumento totalmente contrario en su perspectiva teórica y analítica al construido por los estudios modernistas de la nación.³⁵ Con base en un cuerpo teórico que proviene en una gran parte de una adaptación de la crítica a los estudios

33 Agradezco a Iván Molina la llamada de atención al respecto.

34 Sin embargo, Quesada, como apunto más adelante, no le da ningún crédito ni tampoco cita el trabajo de Acuña que antecede al suyo.

35 Quesada Camacho, Juan Rafael, *Clarín patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, Colegio de Licenciados y Profesores, 2006).

modernistas hecha por Miroslav Hroch³⁶ e incluso partiendo de documentos del siglo XIX que definían a la nación, Quesada retorna a la idea —criticada por Palmer— que concibe la nacionalidad costarricense como un producto colonial. Así, Quesada indica que:

“La nacionalidad, si bien tiene una base jurídica, pues implica la relación entre un grupo de personas y el Estado, es esencialmente, un sentimiento de identificación y autorepresentación de los habitantes de una nación determinada, enmarcado en un espacio territorial preciso. Se trata de un vínculo afectivo que se manifiesta en la conciencia de pertenencia a una comunidad con identidad propia y diferenciada de otros grupos y hacia la cual se manifiesta lealtad. Este tipo de vínculos de identificación es propio de las naciones modernas o del binomio Nación-Estado, es decir, aquellas que se fundamentan en los valores de la modernidad política. Definida así, la nación moderna es producto de un largo proceso. En el caso de América Latina, los orígenes se ubicarían en la época colonial, pero en la independencia surgiría la nación como comunidad política o asociación de hombres libres, como decía Rousseau. La comunidad política significa una identidad colectiva fundada en el reconocimiento de derechos y deberes o identidad ciudadana... postulamos que en Costa Rica durante la época colonial se desarrolló un sentimiento de pertenencia colectivo que llamamos ‘prenacional’ o ‘protonacional’ en el sentido que fue previo al advenimiento de la independencia, o sea, al surgimiento del binomio Nación-Estado”.³⁷

Las ideas anteriores se caracterizan en su aplicación por el afán de buscar en cada manifestación discursiva, un elemento probatorio de ese sentimiento de “identificación y autorepresentación” de los habitantes de Costa Rica en el periodo anterior a la independencia. En este punto y con tal perspectiva,

36 Hroch, Miroslav, “La construcción de la identidad nacional: del grupo étnico a la nación moderna”, en: *Revista de Occidente* (1994), pp. 45-60. De acuerdo con Hroch, “la nación moderna surgió como resultado de un largo proceso de formación datable en líneas generales desde el medievo y ligado a formas más antiguas de comunidad”, p. 45.

37 *Ibid*, pp. 62-63.

el rompimiento completo es irremediable. Quesada retoma las ideas de los investigadores criticados por Palmer, sin contemplar siquiera la crítica realizada por el canadiense a esos estudios. Por eso, uno de los ejes de su argumento probatorio de una nacionalidad temprana ubicada en el final del periodo colonial es el estudio de Vega Carballo discutido por Palmer. El otro eje es el de la creencia de que el proceso de mestizaje, lo reducido del Valle Central y el uso del español como idioma, involucraron la creación no solo de una cultura compartida, sino de una identidad "costarricense" entre los habitantes de esa región. ¿Cómo probarlo? Quesada recurre a la idea de Vega Carballo de que en espacios pequeños y de poca población, se produce una interdependencia entre los miembros que termina por integrarlos. De ese modo, conceptos como hegemonía o ideología no juegan un papel importante en el proyecto de creación de una nacionalidad y quedan desechados como explicativos. Al contrario, el proceso de construcción de una nación según este argumento, está dado por un mecanismo natural. La nación sería no un producto cultural que involucra relaciones de poder, sino el resultado de interacciones demográficas y naturales, y de la consolidación de una población con una cultura común.³⁸

Al basarse en la visión de Vega Carballo, el estudio de Quesada entra en la problemática de cómo definir la economía colonial y los procesos de explotación y diferenciación que se estaban dando al final del siglo XVIII frente a esa nacionalidad costarricense de la que habla. En este punto, Quesada parece retornar a la idea esbozada por Carlos Monge Alfaro en la década de 1930 acerca de una democracia rural establecida en Costa Rica en el siglo XVIII, base sobre la cual se levantaría esa nacionalidad.³⁹ Por eso, Quesada defiende

38 *Ibid.*, pp. 64-70.

39 Para un análisis de esta perspectiva, ver: Molina Jiménez, Iván, "Los jueces y los juicios del legado colonial del Valle Central de Costa Rica" en: *Revista de Ciencias Sociales*, No. 32 (1986), pp. 99-117.

la caracterización de la sociedad del crepúsculo colonial como un mundo constituido por un "elitismo con igualitarismo", omitiendo sin una razón clara toda la discusión y análisis que determinaron una buena parte del quehacer investigativo de los historiadores costarricenses entre 1970 y 1990.⁴⁰

El otro eslabón de esta perspectiva analítica sobre la creación nacional, no es menos problemático. Más arriba he indicado el papel clave que tiene la religión como elemento de representación social en la Costa Rica de finales de la colonia y las primeras décadas del siglo XIX. Quesada encuentra este elemento como importante también, pero lo asemeja no a una identidad antigua-colonial que podría ser utilizada como uno de los emblemas de autorepresentación futura —como un posible motor futuro de generación de identidad—, sino como un indicador más de la existencia de una nacionalidad costarricense. En ese sentido, Quesada indica que la religión se constituyó en otro de los elementos "condicionantes" del "sentimiento de costarriqueñismo".⁴¹ Así, el que los habitantes del país fuesen católicos, de que su imaginario cotidiano estuviese regido en gran medida por representaciones religiosas y que la Iglesia jugase un papel importante en la vida cotidiana colonial y republicana, se convierten en elementos probatorios de una nacionalidad. No queda claro cómo ocurre eso, es decir cómo esos elementos que según Guerra se compartían en toda América Latina y que en un primer momento fueron utilizados en el contexto de Cádiz para construir la idea de los reinos americanos frente a la impía Europa,⁴² se particularizaron y conformaron una identidad costarricense. Por otro

40 Ver: Gudmundson, Lowell, *Costa Rica antes del café: sociedad y economía en vísperas del boom agroexportador* (San José: Editorial Costa Rica, 1993), pp. 13-119 y Molina Jiménez, Iván, *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo agrario* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991), pp. 17-178.

41 Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, p. 66.

42 Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (Madrid: Editorial MAPFRE, 1992), p. 348.

lado, al negarse a incorporar una relectura de los trabajos de Vega Carballo, o bien de las ideas planteadas por el estudio de José Gil,⁴³ e insistir en recuperarlos sin evaluar las críticas de Palmer, el estudio de Quesada cae en una trampa que lo hace acreedor a las preguntas y limitantes que el historiador canadiense le apuntó a esos trabajos.

Lo anterior es aún más problemático ya que Quesada, por razones que no aclara, se niega a dialogar directamente con los autores que han estudiado la construcción de la nación en Costa Rica antes que él y que no comparten sus ideas o su posición teórica. Así, por ejemplo, no existe en su texto ni una sola referencia a los estudios de Víctor Hugo Acuña ni a los de Steven Palmer. Estas omisiones son inexplicables. Incluso, ni siquiera en los momentos en que se hace evidente que está cuestionando los trabajos de alguno de esos autores, Quesada los cita.

Además de lo anteriormente apuntado, el libro de Quesada entra constantemente en imprecisiones conceptuales y en líos

43 Quesada indica que Gil, "a partir del análisis de numerosos documentos, llega a la conclusión de que en el último tercio del siglo XVIII es posible ubicar un sentimiento nacionalista, 'ya que la noción de patria, elemento constitutivo de la nacionalidad', lo mismo que paisano o compatriota, empiezan a tener un nuevo significado. Las palabras patria y paisano trascienden el ámbito de la ciudad o de la vecindad, para adquirir un alcance geográfico mayor. Se reduce el significado de ciudad y se amplía el de patria". Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, p. 68. No obstante, tal afirmación debería hacerse confrontando a su vez, con alguna otra información que la sustente, dada la crítica hecha por Palmer a lo postulado por Gil. Ver: Palmer, "Sociedad anónima, cultura oficial", pp. 271-272. El trabajo que se cita de Gil es: Gil Zúñiga, José Daniel, "Un mito de la sociedad costarricense: el culto a la Virgen de Los Ángeles (1824-1935)", en: *Revista de Historia*, No. 11 (enero-junio, 1985), pp. 47-129. Es importante apuntar que Quesada se equivoca al decir que Gil tomó el término protonacionalismo del trabajo de Hobsbawm, dado que el libro de este último fue publicado en inglés en 1990. Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, nota 83, pp. 195-196. Ver además: Gil Zúñiga, José Daniel, *El culto a la Virgen de los Ángeles (1824-1935). Una aproximación a la mentalidad religiosa en Costa Rica* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2004), pp. 72-76. Gil defendió ese texto como tesis de licenciatura en la Universidad Nacional (Costa Rica) en 1982. Sobre la definición de Hobsbawm, ver: Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismos desde 1780* (Barcelona, Editorial Crítica, 1991), pp. 55-88.

explicativos. Una primera prueba de esto es la manera en que Quesada niega la capacidad que tienen los estados y las élites político-económicas de inventar naciones, pero, citando a Josefina Cuesta Bustillo, sí les adjudica a "los gobiernos y los poderes públicos" la capacidad de ser "imponentes máquinas de memoria o de olvido institucionalizado".⁴⁴ ¿Por qué ambos aspectos aparentemente contradictorios podrían ser ciertos? ¿Por qué el Estado sí puede manipular el recuerdo y la memoria en una sociedad, pero no puede modelar identidades al mismo tiempo? Siguiendo la perspectiva teórica que he esbozado arriba, ¿por qué los gobiernos tienen la posibilidad de crear representaciones colectivas sobre el pasado, pero eso no equivale a que también inventen etiquetas identitarias que se ubican artificialmente en el pasado?

El segundo problema teórico-conceptual que la interpretación de Quesada comporta es el relacionado con el análisis de la modernidad política. En ese punto, Quesada recurre muchas veces a las propuestas explicativas de François-Xavier Guerra.⁴⁵ El asunto es que el mismo Guerra ha indicado que en Latinoamérica "la gran tarea del siglo XIX para los triunfadores de las guerras de Independencia será construir primero el estado y luego a partir de él, la nación moderna".⁴⁶ Además, al tratar de explicar que la modernidad política dota a la sociedad post-independentista de un nuevo pacto político, Quesada no menciona que de acuerdo con Guerra ese pacto está compuesto tanto de elementos políticos modernos como de la continuidad de representaciones antiguas.⁴⁷ Por otro lado, al estudiar

44 Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, pp. 103 y 174. El texto de Cuesta Bustillo citado por Quesada es Cuesta Bustillo, Josefina, "Memoria e historia. Un estado de la cuestión", en: ídem (editora), *Memoria e Historia*, Ayer, 32, (Madrid, Marcial Pons, 1998), pp. 203-224.

45 Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, pp. 71-113.

46 Guerra, *Modernidad e independencias*, p. 350.

47 Guerra, François-Xavier, "De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía" en: Guerra, François-Xavier y Lempérière, Annick (et al.), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y*

la influencia del proceso originado por las discusiones sobre la Constitución de Cádiz en Costa Rica, Quesada adopta el punto de vista lineal (de arriba hacia abajo) que caracteriza la perspectiva de Guerra. Esto es así porque en lugar de tratar de explicar cómo las diversas comunidades y grupos reaccionaron a las transformaciones que venían ordenadas desde España y en qué medida en esas reacciones se mezclaban elementos originados en el interior de la práctica política colonial, Quesada más bien adopta una visión que pone a guías iluminados (por ejemplo, al bachiller Osejo o a José Santos Lombardo)⁴⁸ como los encargados de educar a la población acerca de las ideas ilustradas. Con eso se desaprovecha la propuesta que investigadores como Peter Guardino han hecho, en el sentido de readaptar ese esquema de educación desde arriba hacia abajo, poniendo más énfasis en cómo los pobres y analfabetos urbanos y rurales, por cuenta propia y con un sentido muy claro de lo que ocurría, participaron en el proceso de cambio político que inician las Reformas Borbónicas y que se extiende hasta el final de la primera mitad del siglo XIX.⁴⁹ Esa perspectiva, incluso, puede ayudar a explicar el tipo de identidades afectadas por las ideas de modernidad política que autores como Charles Walker han vinculado a la formación de una “ideología protonacional”.⁵⁰

Al proponer una lectura de la modernidad en una especie de línea recta, Quesada defiende las manifestaciones de esa modernidad como pruebas de la fortificación de los lazos del carácter nacional costarricense heredados de la colonia. Eso es lo que hace con las fiestas cívicas que se decretan en la década de 1820. Quesada, aplicando el modelo utópico de fiesta cívica

problemas. Siglos XVIII-XIX (México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica, 1998), pp. 109-139.

48 Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, pp. 84-86 y 104.

49 Guardino, Peter, *The Time of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850* (Durham and London, Duke University Press, 2005), pp. 3, 277 y 290.

50 Walker, Charles F., *Smoldering Ashes: Cuzco and the Creation of Republican Peru, 1780-1840* (Durham and London: Duke University Press, 1999), p. 40.

ideado por Rousseau, indica que las celebraciones organizadas fueron "momentos de fraternidad colectiva".⁵¹ No obstante, Quesada no señala que el análisis de las celebraciones cívicas en el periodo 1821-1870 claramente deja ver el interés hegemónico que se encuentra detrás de la organización de esas fiestas, que inicialmente se propusieron en 1826 con el fin de afianzar el "espíritu y sentimientos entre los mismos pueblos que es lo que constituye la fuerza moral *el mejor y mas fuerte apoyo de las instituciones políticas*".⁵² Incluso, el Poder Ejecutivo tuvo que luchar constantemente con la negativa de las autoridades municipales a cumplir con los decretos de celebración de fiestas cívicas durante las décadas de 1820, 1830, 1840 y 1850. Esta situación era todavía más compleja porque cuando las municipalidades organizaban fiestas, tenían que recurrir a la amenaza de castigar con una multa a aquellos vecinos que no participaran de las celebraciones, como lo hizo la Municipalidad de San José en 1838.⁵³ ¿Se puede hablar de "fraternidad colectiva" ante este cuadro?

Un último elemento que Quesada deja de lado es el localismo. En su explicación, es como si de forma automática, una vez roto el lazo colonial y gracias al constitucionalismo y al republicanismo se estableciera una unidad en los pueblos que habían formado parte de la antigua provincia de Costa Rica.⁵⁴ ¿En qué lugar queda entonces la profunda división entre las ciudades y los pueblos que habían hecho la política durante la época colonial y que claramente se dividieron en grupos al calor de las noticias de la independencia guatemalteca? ¿Cómo explicar la batalla de las lagunas de Ochomogo (1823)

51 Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, p. 111.

52 Díaz Arias, David, "Invención de una tradición: la fiesta de la independencia durante la construcción del estado costarricense, 1821-1874", en: *Revista de Historia*, No. 45 (enero-junio 2002), pp. 105-162, cita pp. 116-117. La cursiva es mía.

53 *Ibid*, nota, 58, p. 156.

54 Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, pp. 94-96.

y la Guerra de la Liga (1835) sin mencionar los sentimientos localistas que hundían sus raíces en los cabildos coloniales, así como los intereses económicos que se encontraban detrás de ellos?⁵⁵ ¿Cómo conciliar con la explicación de Quesada que en el mismo proceso de incitación frente a Carrillo que produjo la Guerra de la Liga, algunas hojas publicadas contra el Jefe de Estado se hacían en nombre de "los pueblos soberanos de Costa Rica"?⁵⁶ Estas dudas no son pequeñas si se tiene en cuenta que la construcción del Estado dependía de consolidar instituciones fuertes que se encargaran de garantizar el control político sobre la pluralidad de pueblos y grupos que, según el acta de independencia del cabildo de San José del 30 de octubre de 1821, habían vuelto "a su Estado natural de libertad e independencia y al uso de sus primitivos derechos".⁵⁷

¿Cuál es el papel de la Campaña Nacional dentro de la visión de análisis de la identidad nacional propuesta por Quesada? Como podría suponerse, en el esquema de una nacionalidad costarricense forjada en el siglo XVIII (no por un accionar con pretensiones hegemónicas, sino por un proceso natural), la guerra contra los filibusteros se convierte en la mayor revelación de la existencia de esa identidad nacional. Quesada afirma así que: "Es impostergable, para evitar dañinas confusiones, insistir en que la nacionalidad costarricense es el resultado de la interacción dinámica y diacrónica de un conjunto de elementos que, después de una etapa de germinación, cristalizaron con la epopeya más grande y hermosa que ha protagonizado Costa Rica a lo largo de su historia".⁵⁸ En este esquema analítico

55 Molina Jiménez, Iván, "El Valle Central de Costa Rica en la independencia", en: *Revista de Historia* (San José-Heredia, No. 14 (julio-diciembre de 1986), pp. 85-114.

56 Fernández Guardia, Ricardo, *La Guerra de la Liga y la invasión de Quijano* (San José: Librería Atenea, 1950), pp. 19-20. Archivo Nacional de Costa Rica (ANCR), Serie Congreso, No. 1905 (1835), f. 2.

57 "Actas Municipales de San José. Julio 24 de 1820 a Diciembre 20 de 1821", en: *Revista de los Archivos Nacionales* (San José), Año XXXIX (1975), p. 219.

58 Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, p. 171.

ya no importa el proceso de creación discursiva, porque, por ejemplo, las canciones del *Clarín patriótico* son concebidas no como discursos que construyen imágenes (como en el caso de Palmer y Acuña), sino como representaciones de la realidad. Por su parte, la concepción sobre la memoria, a pesar de que Quesada conoce bien la perspectiva francesa cercana a la visión de Acuña, no termina en un análisis de la forma en que el *Clarín patriótico* constituye una muestra de la construcción de memoria inmediata a la guerra (como sería lo indicado siguiendo el rumbo de análisis de Cuesta Bustillo y de Pierre Nora), sino como un totalizador de dicha memoria. Es decir, su análisis entiende a esa producción cultural como un espejo de la existencia de un sentido de nacionalidad entre los habitantes del país, y, por tanto, como una expresión de la memoria de la guerra. Lo mismo le ocurre con los cuadros de costumbres de Manuel de Jesús Jiménez,⁵⁹ que no conceptúa como producciones de la memoria, sino como recuerdos concretos y prístinos de lo que el escritor narra.⁶⁰ Así, la perspectiva de Quesada no es de análisis de la memoria sino de recuperación de la memoria. En ese sentido, el trabajo de Quesada se convierte en uno de los mejores ejemplos de un intento por construir una memoria conmemorativa en un contexto de celebración: en este caso, el sesquicentenario de la Campaña Nacional.

Esta característica de recuperar las memorias de la Campaña Nacional como parte de su celebración no está presente solo en el estudio de Quesada. De hecho, forma parte del mismo proceso de construcción de memoria analizado por Acuña y del diseño del discurso del pasado de la Campaña Nacional constatado por Palmer. Como prueba el análisis de Iván Molina que aparece junto a este trabajo, en el estudio de la guerra contra los filibusteros tres elementos son claros:

59 Jiménez, Manuel de Jesús, "Cuadros de costumbres", en: *Revista de Costa Rica en el siglo XIX* (San José: Tipografía Nacional, 1902).

60 Quesada Camacho, *Clarín patriótico*, pp. 51-57.

1. La producción historiográfica costarricense sobre la Campaña Nacional ha estado ajustada a un discurso de tipo nacionalista que a veces es crítico, pero cuestiona básicamente elementos concretos (la muerte de Santamaría en el mesón de Guerra o de cólera por ejemplo) y nunca el eje central de la narración, es decir, el papel de las tropas costarricenses en el triunfo sobre los filibusteros.
2. La historiografía de la guerra enfatiza la lucha fuera de Costa Rica y da pocos elementos sobre lo interno; incluso la historiografía que estudia el contexto político de la administración Mora Porras no pasa de ser personalista, evitando enfrentar por un lado un contexto más amplio y por otro lado los nexos entre la clase política y las culturas populares.
3. La publicación continua de los mismos documentos históricos en los momentos de celebración de los aniversarios de la guerra está muy próxima a esa creencia de que todo está dicho sobre el proceso, lo cual hace pensar a su vez que no hay más fuentes para buscar o explotar. Es interesante en ese sentido que los nuevos estudios insisten en señalar su particularidad en la consecución de nuevas fuentes más que en nuevas perspectivas de análisis de las ya existentes.

Un cuarto elemento relacionado con los anteriores es que hay una constante reclamación en las conmemoraciones de la Campaña Nacional, al decir que la guerra se podría completar en su análisis estudiando y rescatado otros héroes además de los oficialmente reconocidos. ¿A qué se debe esa creencia de que entre más nombres y héroes reluzcan en el cielo de la Campaña Nacional, más completo estará su paisaje celestial? ¿Podría estar relacionada con la visión de que la imagen de nación representada en la guerra antifilibustera sea excluyente?⁶¹ ¿O forma parte del

61 Un ejemplo reciente de esta tendencia es: Arias Sánchez, Raúl, *Los soldados de la Campaña Nacional (1856-1857)* (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2007). Por otro lado, es interesante el caso del Vietnam Veterans Memorial en Estados Unidos, cuya representación ha causado una fuerte discusión pública basada en la inclusión constante de un elemento social

mismo papel —como evidencia el estudio de Acuña sobre la memoria de la Campaña Nacional— que los historiadores nacionales han tenido en la construcción de memorias sobre la guerra de 1856-1857?

Lo anterior nos devuelve a la propuesta teórica expuesta arriba. No es mi intención alargar este trabajo con un análisis propio sobre la memoria de la Campaña Nacional. Simplemente, no quiero dejar de apuntar que la guerra contra los filibusteros cumple, en el caso costarricense, con los elementos necesarios para calificarla con lo que Turner denominó “drama social”. Incluso, en su proceso de recuperación, el sacrificio de Juan Santamaría fue mitificado junto al de la crucifixión de Cristo en una forma tan clara⁶² que es válido afirmar que el guión social del que habla Turner estaba en proceso de ejecución entonces. En ese sentido también, el uso de la imagen del impío protestante para llamar a los costarricenses a movilizarse a favor de la guerra en 1856 y su discurso patriótico, no deberían considerarse fuera de ese material representacional —que no nacional— que la religión promueve. Mi planteamiento es que el estudio de las fiestas civiles construidas en el proceso de invención nacional —y la imaginería asociada a ellas— nos permite constatarlo así y que en su análisis es posible advertir la heterogeneidad de procesos que se conjugan en la creación de una memoria social, tanto como las voces que pretendían escaparse de ese discurso de identidad oficial.⁶³

faltante en su representación. Ver: Sturken, Marita, “The Wall, the Screen, and the Image: The Vietnam Veterans Memorial”, en: *Representations*, No. 35 (Summer, 1991), pp. 118-142.

62 Eso es claro en varios discursos de la inauguración de la estatua de Juan Santamaría en setiembre de 1891. Ver como ejemplo: “Discurso pronunciado por su autor, el 20 del corriente, en el baile dado en el Palacio Municipal de Cartago, conmemorando el 15 de setiembre y al héroe de Rivas, Juan Santamaría”. *La Prensa Libre*, 25, 26 y 27 de setiembre de 1891, Nos. 688, 689 y 690, pp. 2-3.

63 Díaz Arias, David, *La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821-1921* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, en prensa); ídem, *Historia del 11 de abril. Juan Santamaría entre el pasado y el presente (1915-2006)* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006).

CONCLUSIONES

La visión teórica de este artículo ha consistido en pensar que si los estudios de la memoria colectiva se utilizan como método de análisis, no solo de las dimensiones en que se intenta construir un proyecto de nación desde arriba, sino en la heterogeneidad de ese proceso, probablemente trascenderán el nivel de exploración del discurso y nos devolverán las posibilidades que tuvieron y el papel que jugaron los individuos y grupos sociales dentro de dicho proceso. Así, al analizar las principales tendencias en el estudio de la invención nacional y aplicarle las nociones de drama social y de representación, se ha hecho posible construir una crítica que alimente nuevos temas de investigación al respecto y que, obligadamente, dialoguen con los ya existentes.

Mi perspectiva en el estudio de la identidad nacional costarricense es que el análisis de la participación de los distintos grupos sociales en las ceremonias conmemorativas y en la construcción de la memoria colectiva, nos permitiría trascender los trabajos sobre el discurso político oficial para así encontrar la conexión (continuidades y rupturas) entre las representaciones y símbolos del pasado colonial (tenidas hasta ahora como "protonacionalismos") y los rituales nacionales del siglo XIX y XX.⁶⁴ Creo que tal análisis nos ayudaría a comprender mucho mejor la originalidad de la construcción del sujeto nacional y su discurso, así como las reacciones contrahegemónicas que promovió. Por otro lado, concentrados en el estudio de la memoria de la Campaña Nacional, esta visión quizás nos permita superar de una vez por todas el análisis tradicionalista—nacionalista y enriquezca con ello los aportes hechos por Palmer y Acuña, y así vuelva más problemáticas las disensiones con respecto a sus argumentos. Como en el cuento de Borges

64 Un buen ejemplo al respecto para el caso mexicano es: Brading, David, *Mexican Phoenix. Our Lady of Guadalupe: Image and Tradition Across Five Centuries* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001).

La memoria de Shakespeare, el estudio de la memoria del otro no es solo un asunto de la memoria del otro, sino que involucra, tarde o temprano, a la memoria de uno también.

Acerca de los autores

Iván Molina Jiménez es profesor en la Escuela de Historia e investigador en el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA), ambos de la Universidad de Costa Rica. Entre sus libros figuran *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX* y *La miel de los mudos y otros cuentos ticos de ciencia ficción*.

David Díaz Arias es profesor de las escuelas de Historia y Estudios Generales e investigador en el Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC), todos de la Universidad de Costa Rica. Recientemente publicó el libro *Historia del 11 de abril. Juan Santamaría entre el pasado y el presente (1915-2006)*.



Los dos estudios reunidos en este fascículo analizan la producción historiográfica y la creación literaria que han tenido como eje la llamada Campaña Nacional (1856-1857), una guerra en la cual las tropas de Costa Rica, junto con las de los otros países centroamericanos, derrotaron a las fuerzas conducidas por el mercenario estadounidense, William Walker. Además, ambos textos examinan cómo la relación de ese evento con la identidad nacional se ha convertido en la base de un importante debate público que se ha extendido de las aulas universitarias al sistema educativo y a los medios de comunicación colectiva.

**Editorial
Universidad de Costa Rica**

*Sesquicentenario de
la Campaña Nacional
contra los filibusteros*

